

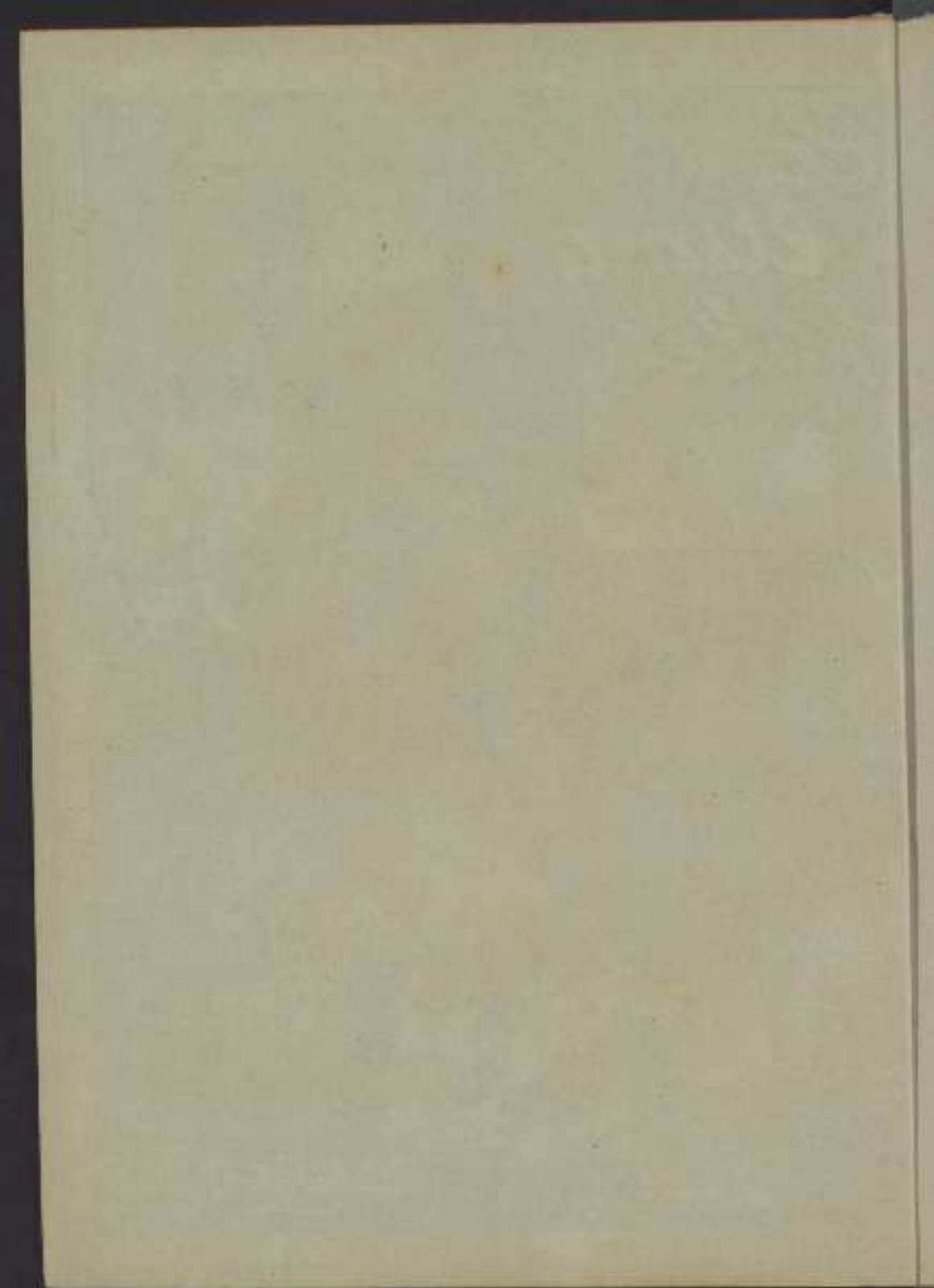
La ultima falla

MIGUEL LIGERO
MATILDE VAZQUEZ
JULIO PEÑA



Editorial Atlas

Biblioteca Film Nacional





AGENTE DE VENTAS:

Sociedad General Española de Librería

BARBADA, 14 y 16
BARCELONA

CAÑOS, 3
MADRID

Reservados los derechos de
producción y reproducción

IMPRENTA COMERCIAL - MAS Y SALA, S. L.

Valencia, 234 - Teléfono 70657

BARCELONA

Biblioteca Films Nacional

FUNDADOR Y DIRECTOR:
Damón Sala Verdaguer

EDITORIAL
AFIS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
Aptado 707 - Teléfono 70657
BARCELONA

AÑO II

Núm. 12

LA ÚLTIMA FALLA

LA añoranza que siempre produce en
fierras lejanas el recuerdo de la patria
querida, tiene una fuerza emotiva en esta
producción, donde además se manifiesta
el riesgo de todos aquellos que no supieron
ver en su vida más amor que el de los ne-
gocios y quieren enmendar su error cuando
ya los años no son propicios para ello.

Ercección del famoso y popular artista
cinematográfico

MIGUEL LIGERO

Distribuida en España
y Colonias por

Ulargui UPIEMS



Director-Propietario:

D. S. ULARGUI

Antonio Meura, núm. 16 - M A D R I D

Director-Gerente: **D. ENRIQUE VIÑAS BRUGUERA**

Balmes, 79 - Teléfono 79132 - **BARCELONA**

REPARTO

<i>Carlos Soler</i>	MIGUEL LIGERO
<i>Julio</i>	JULIO PEÑA
<i>María del Carmen</i> .	MATILDE VÁZQUEZ
<i>Enriqueta</i>	MARUCHI FRESNO
<i>El Alcalde</i>	MARCO DAVÓ

Argumento de

S. H. UGARTE

/ Producción:

U P I L M S

Dirección:

Bautista Parrojo

Diálogo de

Miguel Mihura

Música del maestro

Magenti

*Novela basada en el argumento de
la película del mismo título, por*

M. OTEIN

LA ÚLTIMA FALLA

ARGUMENTO NOVELADO DE LA PELÍCULA

SOLER Y COMPAÑIA

BUENOS Aires, la ciudad alegre que recibe al pasajero con sonrisa de enamorado, abría el abanico de sus grandes edificios bajo un sol mañanero de primavera, y sentíase orgullosa de poder ofrecer a cuantos la visitasen, el tráfico de sus calles, la grandiosidad de sus almacenes y tiendas, y entre aquéllos, el más célebre de todos, los grandes almacenes Soler y Compañía, en donde el comprador podía encontrar de todo cuanto desease.

En estos grandes almacenes, que abarcaban toda una manzana, con infinidad de puertas a las cuatro calles, el visitante veía, debidamen-

te instalados, artículos de pieles, de tejidos, juguetes, muebles, en fin, cuanto es preciso y superfluo en la vida moderna.

Aquellos almacenes, que ahora eran orgullo de la ciudad, habían nacido de la nada. Fué poco a poco, como un español, llegado de Alhora, había ido levantando aquel negocio y ampliándolo año tras año con una fe y una constancia que sólo se conocen en los que van al Nuevo Mundo en busca de fortuna.

Don Carlos Soler, actual director de aquellos almacenes, había llegado hacía treinta años a Buenos Aires sin más fortuna que sus ansias de triunfar. Día tras día, año tras

año había dedicado toda su vida a aquel negocio. Lo mimaba con el mismo cariño que un enamorado adora a la novia y en su existencia no había habido otro amor que el de hacer prosperar el negocio por él establecido.

Así fué como este gran almacén llegó a ser el primero entre todos los de la ciudad y algunos años después, cuando ya la fortuna empezó a sonreírle, se formó la gran compañía que él presidía y en la que era cuerpo y alma.

Nada pasaba inadvertido para don Carlos. El sabía al dedillo cuanto había de existencia en sus estanterías y depósitos, sabía los artículos que producían más, conocía de las ganancias que semanalmente se iba obteniendo y conocía también minuciosamente el grado de capacidad de cada uno de sus muchos empleados. Pero como dice el refrán que «a quien Dios no le da hijos el diablo le da sobrinos» a don Carlos Soler, si no fué sobrino, precisamente, fué un ahijado, por quien el hombre estaba loco.

Lo había recogido de pequeño y se había criado con él en aquellos almacenes, como si fuera un objeto más de ellos.

Desde pequeño, don Carlos, le había ido introduciendo en la marcha del negocio y al tener los veinte

años, Julio Romero, que así se llamaba el muchacho, conocía el comercio de su padrino tan a fondo como él mismo.

Don Carlos le había nombrado su secretario, y a medida que pasaba el tiempo se hallaba más contento de aquella designación, pues para él era una verdadera satisfacción poder apreciar los progresos del joven y ver el interés que se tomaba por todo lo que se refería al negocio.

Julio Romero, a pesar de su juventud, tenía un carácter serio. Jamás se le había conocido ningún ligam. amoroso ni gustaba de las juergas de otros muchachos de su misma edad y hasta de posición inferior a la suya. Era el empleado modelo que a la hora se encuentra en su puesto para dar ejemplo a los inferiores, y no paraba en todo el día recorriendo de un lado a otro los almacenes para vigilar que todo estuviera en orden y ver la forma de cómo los empleados trataban a los clientes que continuamente llenaban las diferentes secciones.

Mas en aquella actividad continua, Julio tenía un ayudante eficaz, o mejor dicho, una ayudanta. Era Enriqueta, una muchacha de un par de años menos que él. Bonita como una mañana abrilena. Ojos grandes y negros como una noche de invier-

no en cuyo obscuridad brillaran y que parecían acariciar cada vez que miraban a Julio.

Y es que Enriqueta sentía por su joven jefe un amor callado, un amor que teme no ser correspondido, pero que quizá por ello es mucho más profundo que ese otro que puede manifestarse con expansiones.

Llevaba bastante tiempo desempeñando el cargo de secretaria de Julio, y por más que la muchacha había puesto de su parte cuanto podía, dentro de la más absoluta discreción, veía con pesar que el ahijado de don Carlos a penas si se fijaba en ella. Muchas veces, Enriqueta, ante la indiferencia que parecía prestarle Julio, se había preguntado a sí misma si no sería lo suficientemente bonita para que un hombre como él se fijase en ella. Pero la respuesta que el espejo le daba a esta pregunta, la dejaba satisfecha, y todos los días esperaba el momento en que su joven jefe le dijese algo.

Mas el tiempo pasaba y Julio seguía engreído en su trabajo, como si no tuviese tiempo de pensar en nada más.

Don Carlos, algo descansado con la labor que su ahijado se había echado sobre él, y al cabo de algún tiempo, se acordó de su pueblo na-

tal. Recordó la falta de escuela que en él había, la situación como vivían muchos paisanos suyos y otras obras que era preciso realizar allí para que el pueblo de Alhora adquiriese una vida distinta que fuese reflejo de la actividad de sus habitantes.

Envío grandes cantidades de dinero para que todo aquello se fuese convirtiendo en realidad, y el pueblo recibía aquellos dones de don Carlos Soler con esa alegría casi infantil con que los infortunados reciben las dádivas de los poderosos. Y tanto fué lo que hizo por Alhora, que el Ayuntamiento, en una memorable sesión, acordó por unanimidad nombrarle Hijo Predilecto y comunicar oficialmente este título a don Carlos, rogándole al mismo tiempo que se dignase ir allí para inaugurar él mismo la escuela y las otras obras que a costa suya se habían realizado.

Cuando don Carlos recibió el oficio del Ayuntamiento solicitando su presencia, sonrió bondadosamente pensando en la locura que le proponían. ¿Cómo iba él a dejar los almacenes y volver a España, después de tantos años? No había nada ya en España que le llamase. Ningún familiar que le necesitase y ningún amigo con quien poderse abrazar. Por esta razón, tomó como

una idea descabellada el ir a España. Mas a medida que fueron pasando los días, la añoranza de la patria fué adentrándose en el alma y ya pensó en aquel viaje como una cosa factible de realizar. ¿Acaso no tenía él ya dinero más que suficiente para poderse retirar del negocio? ¿Qué necesidad tenía de acumular más riquezas? Su único heredero era Julio, y éste podía reemplazarlo en los almacenes, toda vez que iban a ser suyos a su muerte. Y esta idea iba siendo cada vez más fuerte en él, hasta que finalmente adoptó la resolución de aceptar la invitación del Ayuntamiento de Albora y trasladarse a España.

Le costó trabajo tomar esta decisión, pero don Carlos era hombre que una vez que se proponía una cosa no había nada en el mundo que le hiciera desistir de ella. Resuelto por fin a ponerla en práctica, convocó a un Consejo extraordinario a los consejeros de la Compañía, y mientras él les comunicaba su decisión, su ahijado recorría las diferentes dependencias, inspeccionando todas las secciones. Una de las empleadas se acercó a él y le preguntó:

—Don Julio, ¿qué hago con este pedido?

Julio recogió el papel que le en-

tregaba la empleada, y sin vacilar le contestó:

—Extienda usted un pedido B y lo pasa al departamento H, para que lo entreguen a la sección D.

—Está muy bien, don Julio —respondió la empleada mirándole con la insistencia propia de la mujer que desea seguir la conversación.

Pero Julio era en este aspecto de tal seriedad, que nadie se atrevía a retenerlo más tiempo del que él concedía.

Los almacenes ofrecían aquel día, como siempre, un aspecto imponente. Una verdadera avalancha de público iba de un lado para otro, y los empleados se multiplicaban con el fin de poder atender en lo posible las demandas de los compradores. Aquello parecía una verdadera colmena humana y las cajas registradoras de las compras no descansaban un instante dando cambios a unos y a otros.

Julio miraba todo aquello con el orgullo de quien se siente íntimamente ligado al trabajo, y al pasar cerca de una empleada le advirtió severamente:

—Oiga, tiene que darse más prisa en despachar a los clientes.

—Don Julio, hago todo lo que puedo.

—Y lo que no puede, también

—respondió el joven.

—¿Por qué me lo dice? — preguntó la muchacha.

—Porque ayer estuvo un comprador dos horas para probarse un par de guantes.

—Es que era muy exigente, don Julio—volvió a disculparse la muchacha.

—Pues procure usted que en lo sucesivo no le toque ningún cliente tan exigente—terminó diciéndole Julio, al mismo tiempo que se alejaba para dar por terminada la conversación.

Recorrió varios mostradores más hasta llegar a la sección de perfumería. Una vez allí llamó al encargado y le preguntó:

—¿Cómo se venden tan pocos cepillos de dientes?

—Los rechazan los clientes, don Julio.

—¿Que los rechazan?... ¿Por qué?

—Porque estas cerdas no son buenas—le dijo el empleado.

—Estos cepillos se han vendido siempre. No obstante, vaya usted a la sección A para que formulen la queja en el departamento B y pasen la nota a la sección J, y luego va usted al departamento D.

El pobre empleado, que se hacía un lío con tantas letras, acabó por no entenderlo y dijo finalmente:

—Usted lo que quiere es que me despidan.

Julio ni siquiera se detuvo para responderle. Siguió recorriendo los almacenes hasta que por fin se fué a la sección de administración.

Al llegar a ella, las mecanógrafas dejaron de trabajar para fijarse en él, pero Julio, sin dar ninguna importancia a la sensación que causaba su entrada, le preguntó a una mecanógrafa:

—¿Envió usted el balance que le dije?

—Sí, señor — respondió ella—; salió esta mañana en avión.

—¿En avión?—preguntó extrañado Julio.

—Sí, señor.

—¿Y por qué lo ha enviado usted en avión?

—Como usted dijo que corría prisa...

—Pero ¿no vió usted que era para el Banco? Haga inmediatamente otro y envíelo en seguida.

Enriqueta no le quitaba la vista de encima. Estaba decidida a terminar de una vez aquella situación y a descargarse ella, ya que él parecía no fijarse. Cuando lo tuvo cerca de él le preguntó:

—¿No está usted aburrido, don Julio?

—Yo no tengo tiempo para aburrirme—le dijo él.

—Claro, como está usted siempre trabajando... Yo, sin embargo, quisiera que me llevase alguien al cine... ¿A usted no le gusta el cine?

Julio Romero, que en varias ocasiones se había dado cuenta de lo bonita que era Enriqueta, pero que jamás le había dicho nada y lo había disimulado para no perder su autoridad, al sentir sobre él la acariciadora mirada de la joven estuvo a punto de echar a rodar sus buenos propósitos. Mas de pronto se rehizó y le preguntó:

—¿Ha terminado usted el balance global para don Carlos?

—Sí, señor — respondió ella—. Ya he terminado el balance global para don Carlos.

—Está bien—contestó Julio, haciendo ademán de marcharse.

La intuición femenina de Enriqueta le decía que era aquel el mejor momento para cazarlo, y sin dejarlo marchar le llamó, diciéndole:

—Don Julio...

—¿Qué? — respondió, volviéndose.

—Pues, quería decirle que ya he terminado el balance global para don Carlos.

Era tan mimosa la mirada de Enriqueta, tan prometedora su sonrisa, que Julio, al fin hombre y jo-

ven, no pudo resistirla y se acercó a ella, preguntándole:

—¿Me ha dicho usted que ha terminado el balance global de don Carlos?

—No—le respondió ella—. Le he dicho que esta noche hacen una película muy bonita. ¿No le gustan a usted las películas bonitas?

—A mí me gustan todas las cosas bonitas — respondió Julio mirándola amorosamente.

Ella comprendió el sentido de aquellas frases, pero siguió diciéndole cada vez con más intención:

—Sale un niño precioso, y un caballo.

—¿Y el niño se monta en el caballo?

—No, es el caballo el que se monta en el niño.

—¿El caballo en el niño?—preguntó Julio.

—Bueno, a nosotros no nos importa lo del niño ni lo del caballo; ninguno de los dos es para nosotros.

—Claro, pero me gustaría ver a ese niño—dijo Julio.

Sin que él se diera cuenta se había sentado sobre la mesa de la secretaria, y los dos se hallaban tan cerca que solamente hacía falta una mínima aproximación para que sus rostros se tocasen. Y tal vez si hubiesen estado solos, más que el ro-

ce de sus rostros hubiera sido posible el de sus labios.

En aquel momento Julio se olvidaba de quién era y solamente se sentía deslumbrado por el resplandor de los ojos de Enriqueta. Los dos vivían en aquel instante en un mundo muy lejos del real, y fué necesaria una risita indiscreta de una de las mecanógrafas para que volvieran en sí y para que Julio se diera cuenta del espectáculo que estaba dando.

Inmediatamente adquirió de nue-

vo su aire de seriedad y preguntó, por decir algo:

—¿Ha terminado usted el balance global de don Carlos?

—Sí, señor; ya he terminado el balance global de don Carlos.

—¿Y dónde está don Carlos?

—preguntó.
—Está reunido en Consejo desde hace dos horas, tratando un asunto muy interesante.

—Pues voy a verlo—terminó Julio, al mismo tiempo que se dirigía a la sala de Consejo para ver a su padrino.

LA DESPEDIDA DE DON CARLOS SOLER

COMO había dicho Enriqueta, hacía dos horas que don Carlos y los demás consejeros se hallaban reunidos. Don Carlos les había comunicado su plan de ir a España y habían discutido varias cosas, aun cuando muchas de ellas ajenas al negocio, como puede verse por la conversación que en aquel momento tenían. Don Carlos, muy excitado, decía a uno de los consejeros:

—¡Yo le digo a usted que los cangrejos de río son colorados!

—¿Pero cómo quiere usted que crea que los cangrejos de río son colorados, don Carlos?

—Pues yo los he visto.

—¿Dónde los ha visto usted?

—¿Que dónde los he visto?... Pues... en el mar.

—¿En qué mar?

—¿En qué mar quiere usted que sea? En ese, en ese que está ahí.

—Bueno, don Carlos—intervino otro consejero—, cálmese y no se excite.

—Lleve usted razón—respondió don Carlos, que inmediatamente pasaba de la excitación a la risa. Cogió una caja de puros que había en la mesa y le ofreció un cigarro. El consejero lo aceptó agradecido y don Carlos le dijo:

—Tome otro, hombre.

—Pero, ¿para qué quiere usted que tome otro?

—Para el niño. Para su hijo.

—¿Y no cree usted que le hará daño?

—¿Cuántos años tiene?

—Dos años.

Don Carlos se quedó un momento pensativo, pero pronto encontró la solución, diciéndole:

—Pues entonces, dáselo usted en dos veces.

Volvió otra vez a la discusión que tenía y siguió diciéndole al que le llevaba la contraria:

—Le digo a usted que estoy cansado de que me lleven la contraria.

—Pues siéntese, hombre, si está cansado —le dijo el que había recibido el puro.

—Muy acertado —respondió don Carlos, sentándose en el sillón y dando por terminada la discusión.

—En fin, señores —volvió a decir—. Quiero que sepan ustedes que mi resolución es irrevocable.

—Pero, don Carlos, usted no puede irse; usted no puede abandonar el negocio.

—No tengo más remedio —insistió don Carlos—. Me han nombrado Hijo Predilecto de Albora y ahora que me siento más hijo predilecto que nadie quiero ir yo mismo. Me lo han comunicado oficialmente y me han invitado a que vaya a inaugurar algunas obras que yo he costado.

—¿Pero qué vamos a hacer nosotros sin usted?

Don Carlos no hizo caso de la interrupción, y continuó diciéndoles:

—Ustedes saben que toda mi vida la he dedicado al progreso de los almacenes Soler y Compañía. Toda mi existencia ha estado encerrada aquí. Aquí me he dejado mi juventud, mis mejores años, sin que siquiera haya tenido tiempo de pensar en una novia. Todo yo he sido por entero para este negocio. Pero ahora mi resolución es firme. Me marchó a España, me siento un hijo predilecto de Albora y quiero saborear mi nombramiento.

—Es que precisamente ahora es cuando nos hace usted más falta —dijo uno de los consejeros.

—¿Más falta?

—Claro. Ahora van a enviar los nuevos modelos de matamoscas... ¿Quién sabrá si darán resultado o no?

—No se preocupen. Yo dejo aquí a mi ahijado Julio. El sabe de todo esto tanto como yo mismo.

En aquel momento apareció en la puerta Julio, preguntando:

—¿Se puede pasar?

—Llegas a tiempo, Julio —le dijo su padrino—. Precisamente estaba hablando de ti.

Se volvió a los consejeros y les dijo:

—Señores, durante mi ausencia, mi ahijado Julio se encargará de la dirección de los almacenes. El desempeñará todas mis funciones y espero que no le faltará el consejo de ustedes y su ayuda como me han prestado a mí.

Abrazó a su ahijado y continuó diciéndole:

—Julio, te entrego todo esto. Todo cuanto tengo, lo dejo en tus manos. Aquí me he pasado mi vida y me marcho, quién sabe si para no volver.

Una gran emoción le invadió al decir aquellas palabras y sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Julio, que advirtió la emoción de su padrino, le abrazó fuertemente, diciéndole:

—Pero, padrino, ¿está usted llorando?

—Sí, hijo mío. No lo puedo remediar. Déjame un pañuelo, de la serie B, partida H.

Julio le ofreció su pañuelo, y después de haberse secado las lágrimas continuó sus consejos diciéndole:

—Ya sabes mi norma de negocio. Nada he de decirte, porque tú, mejor que nadie, sabes mi forma de trabajar.

—Descuide usted, padrino.

—Sobre todo, mucha rectitud. La rectitud me ha hecho a mí llegar a tener el crédito de que disfruto. Nada de diversiones. Las diversiones están bien para los viejos, pero la juventud debe dedicarse al trabajo y a crearse una fortuna. Claro que tú no tienes que creártela, porque de eso me he cuidado yo, pero quiero que mantengas el nombre de estos almacenes como yo lo he mantenido. Es toda mi vida la que te entrego, y sentiría, como si me matases, si los dejases abandonados.

—Descuide usted, padrino—replicó, también emocionado, Julio—. Cuando usted vuelva...

Don Carlos movió la cabeza negativamente. Tenía el presentimiento de que ya no volvería más a la Argentina, a aquella tierra bendita que tan pródiga y cariñosa se había mostrado para él, y otra vez sintió la misma emoción.

Los consejeros se dieron cuenta de ello, y para evitarlo gritaron a una:

—¡Viva don Carlos Soler!

—Gracias, señores, muchas gracias—respondió don Carlos a los vítores de los consejeros—. Jamás olvidaré los años que he pasado entre vosotros y la ayuda que me habéis prestado en todos los momentos decisivos de mi vida. Y como

era esto todo lo que tenía que decirlos, creo que ya no hay motivo para que continúe la reunión.

Julio dejó a su padrino hablando amigablemente con los consejeros y él se fué nuevamente a recorrer los almacenes.

Pasó por secretaria y sus ojos se escaparon nuevamente hacia la mesa donde estaba Enriqueta. Esta, al verse acariciada por la mirada de Julio sonrió emocionada, y en aquella sonrisa se dijeron los dos jóvenes todo cuanto jamás se hubieran sabido decir con palabras. Era la unión de aquellos dos corazones, que por fin se encontraban después de haberse estado buscando durante tanto tiempo.

—¿Ha terminado ya el Consejo?
—preguntó Enriqueta.

—Sí, señorita Enriqueta — respondió Julio.

—¿Y qué ha decidido don Carlos?

—Se marcha — respondió con tristeza Julio.

—¿Se va a España?

—Se va a España.

—Entonces, ¿quién...?

—Comprendo lo que quiere usted preguntar — le dijo Julio—. Mientras dure su ausencia, que Dios quiera sea corta, yo me encargaré del negocio.

—¿Usted?—preguntó, sin poder

disimular la alegría que le producía la noticia.

—Sí, señorita Enriqueta. Y espero que usted me ayudará en esta ardua labor.

—Con toda mi alma—respondió la muchacha.

Los dos se dieron cuenta de que nuevamente se fijaban en ellos las demás mecanógrafas, y para evitar las murmuraciones, Julio salió de la secretaria para ir a los almacenes.

Cuando llegó a ellos se cruzó con una dependienta, y al fijarse en lo pintados que llevaba los labios se lo advirtió, diciéndole:

—Señorita, lleva usted los labios con demasiado carmín.

La dependienta sonrió y respondió bajando la vista al suelo:

—Sí, señor, pero es que todavía no he visto a mi novio.

Julio comprendió lo que quería decirle, pero sin querer averiguar más y procurando evitar otras confidencias, se alejó hacia los almacenes.

En todas las dependencias el bullicio era enorme. Había que abrirse paso dando empujones a un lado y a otro. El crédito y la fama de aquellos almacenes se habían extendido de tal forma por toda la ciudad, que diariamente se veían atestados de público, sin que los muchos de-

pendientes pudieran dar abasto a la mucha clientela.

Julio iba de un lado a otro inspeccionando todos los servicios. No había deficiencia, por pequeña que fuera, que no advirtiese, y llamaba al encargado de la sección y le daba las instrucciones, para subsanar las faltas que veía.

Además, cuando no era él el que lo advertía, los jefes de las secciones acudían a su encuentro solicitando alguna aclaración a alguna duda. Julio los escuchaba e inmediatamente les daba la solución. Podía decirse que todos aquellos almacenes se movían dentro de su cerebro y que cada departamento tenía un sitio reservado en él, como si fuera un archivo.

Y al mismo tiempo que iba de un lado a otro las mecanógrafas acudían a él consultándole la respuesta de alguna carta, las indicaciones de otras que tenían que escribir o bien la firma de algún documento urgente.

Julio lo hacía todo maquinalmente, y si su padrino lo hubiera visto, habría sonreído satisfecho al comprender que dejaba al cargo de aquel negocio a un hombre que supliría admirablemente su falta, sin que ésta se echase de menos. Le bastaba ver un género para llamar al encargado de la sección y darle orden de que se retirase o se aumentase de precio, según lo solicitado que estuviera, y todo aquello de una sola mirada al pasar.

EL ENCUENTRO

B AJO Julio a la sección de zapatería y quedó sorprendido ante una de las parroquianas, que en aquellos momentos se probaba unos zapatos. Era una mujer morena, de grandes ojos acariciadores. Vestía con una elegancia extrema y su voz suave parecía que acariciaba cuando hablaba. Por un instinto ajeno a su voluntad, Julio permaneció a unos cuantos metros de la parroquiana y oyó a la dependienta que le decía:

—Estos zapatos le están maravillosos.

—Sí, me gustan—respondió la parroquiana.

Al oír el timbre de su voz Julio quedó aún más prendado de aquella mujer, y siguió escuchando lo que hablaban.

—¿Va a estar usted mucho tiempo aquí?—le preguntó la dependienta.

—No, pronto tendré que regresar a España—respondió ella—. ¿Y cómo me ha conocido usted?

—¿Quién no la conoce?—replicó la dependienta—. Todo el mundo habla de la gran artista española María del Carmen.

—Es verdad. Aquí han sido muy buenos conmigo. Todo el mundo me agasaja y me voy muy contenta de Buenos Aires.

Había terminado ya de probarse los zapatos y la dependienta le preguntó:

—¿Quiere estos o los otros?

—Los dos. Me gustan los dos modelos y me los quedo.

—¿Quiere hacer el favor de venir aquí a vérselos?

María del Carmen dejó su bolso sobre el asiento de un sillón que había junto a ella y siguió a la dependienta. Una vez visto cómo le quedaban los zapatos volvió de nuevo a su sitio, mientras que un individuo la seguía con la mirada desde un mostrador próximo. El tal sujeto vio cómo se dejaba el bolso, y disimuladamente se sentó en otro asiento junto al que estaba y dejó su sombrero sobre el bolso, luego, con igual disimulo, lo recogió, pero llevándose debajo de él el bolso.

Julio, desde su sitio de observación, vio todo el manejo del ratero, y cuando éste se disponía a marcharse tranquilamente, le cogió violentamente por las solapas, diciéndole:

—¡Deje usted ese bolso!

—Este bolso es mío—exclamó el otro cínicamente—. ¿Por quién me ha tomado usted?

—Por un ladrón. Nada más que por eso—le contestó airadamente.

—Está usted equivocado—insistió el ratero—. Este bolso es mío.

—Ese bolso es de aquella señora—volvió a decirle Julio.

El ratero, al verse descubierto, no supo seguir negando y buscó un ardid para salir bien del apuro, por lo que le contestó:

—Es que iba a devolvérselo a la señora.

Julio le quitó violentamente el bolso, y agarrándole por un brazo entregó al sujeto a unos dependientes, diciéndoles:

—Lleven a este individuo a la Dirección, para que le detengan.

En aquel instante, María del Carmen se dio también cuenta de la desaparición de su bolso, y exclamó alarmada:

—¿Y mi bolso? He perdido mi bolso.

—Aquí tiene usted su bolso, señora—respondió Julio, que se había acercado a ella, sin darse cuenta de que Enriqueta iba detrás de él para que firmase unas cartas.

—Muchas gracias—respondió la artista.

—Usted no sabe lo que me ha costado recuperarlo. He estado a punto de perder la vida. He tenido que luchar con doce bandidos que se lo llevaban.

A María del Carmen le hizo gracia aquella ocurrencia del joven y sonrió diciéndole:

—Cuánto siento que por mí se haya expuesto.

—No le importe, porque pienso hacerlo siempre. La seguiré por todas partes, para evitar que le quiten el bolso.

—¿Y si yo no quiero que me siga?

—La seguiré igualmente. Está usted expuesta a otro robo igual, y yo no puedo abandonarla.

Mientras hablaba con la artista, Enriqueta sentía que unos celos locos la atormentaban. Se daba cuenta de que aquella mujer había conquistado en unos minutos el corazón del hombre que ella tanto amaba y que no había sabido hacerlo suyo en tanto tiempo.

Julio, sin darse cuenta de ello, acompañó a la artista hasta la puerta, y al volver se encontró con Enriqueta, que le preguntó:

—¿Qué le decimos a la fábrica de la Florida, sobre el pedido que le hicimos?

—Yo qué sé. Dígale usted lo que quiera.

Y pensando solamente en aquella mujer, ni siquiera se daba cuenta del daño que involuntariamente hacía a la pobre muchachita que tanto suspiraba por él.

—Además han traído esta carta —le dijo Enriqueta, entregándole un sobre cerrado.

Julio la recogió y al abrirla se encontró con que era una invitación para asistir a la fiesta que daban los dueños del rancho «Los Pecesitos», y en la que actuaría María del Carmen.

Imposible describir la alegría que sintió el joven al ver el medio de poder hablar otra vez con María del Carmen, y decidió ir aquella noche a la fiesta, aun cuando la invitación fuese para su padrino.

La pobre Enriqueta le vió marchar y sintió en lo más hondo de su ser el dolor que produce ver cómo se aleja un ser querido sin haber comprendido todo el amor que ella sentía por él, y precisamente aquel día, cuando horas antes le había parecido ver a la joven que el cielo de su dicha empezaba a despejarse y a otear en la lejanía la posibilidad de una felicidad futura.

Por la noche, en la finca «Los Pecesitos», estaba reunido lo mejor de la sociedad bonaerense. Infinidad de muchachas realzaban con la belleza de sus rostros el conjunto de la reunión, y entre todas ellas triunfaba la belleza árabe de María del Carmen. Ella era el objeto de todas las atenciones, y mientras cantaba, Julio no le quitaba la vista de encima. En sus miradas quería expresar el joven todo el amor que había sentido desde el primer instante por ella, y María del Carmen, sin que ella lo pudiese evitar, también se sentía atraído por él.

Terminó su canción y una salva de aplausos premió la labor de la

artista, a quien se dirigió inmediatamente Julio, para felicitarla.

—¿Pero está usted aquí? — le preguntó María del Carmen, fingiéndose sorprendida.

—Ya le dije a usted que la seguiría por todas partes.

—¿Y lo ha hecho?—le preguntó riendo.

—Claro que sí.

—¿Y dónde he estado?

Julio siguió la broma de la conversación, y adoptando un aire trágico, le respondió:

—Primero fué usted hacia su hotel. Le salieron al encuentro varios «gángsters» y yo luché contra ellos hasta vencerlos. Luego emprendió usted un viaje a Constantinopla y tuve que luchar contra aquellos piratas que pretendían secuestrarla. Luego...

—Bueno, bueno — le atajó ella riendo—. Es usted un hombre de muy buen humor.

—Y usted es bellísima. ¿No cree usted que podemos ser muy buenos amigos? ¿Quiere usted que nos casemos? Pondremos un pisito con una vajilla y un gatito: el gato para que rompa la vajilla.

María del Carmen se sentía cada vez más contagiada del optimismo de Julio, pero tuvo que marcharse y le dijo:

—Lo siento, amigo mío, pero he de marcharme.

Y antes de que Julio pudiera hacer nada por evitarlo, María del Carmen fué en busca del dueño de la finca, a quien dijo:

—Querido amigo. Tengo que marcharme. He de trabajar en el teatro y me esperan.

—Le estoy muy agradecido por su concurso—le dijo el dueño de la finca—, y siento que tenga usted que abandonarnos tan pronto.

—No hay más remedio—suspiró María del Carmen.

El propietario del rancho se volvió hacia su hija y le encargó:

—El abrigo de la señorita.

Mientras lo traían, el mismo dueño la preguntó:

—¿Quiere usted que la acompañe?

—No hace falta—intervino Julio—. Yo he traído el coche y la acompañaré... Es decir, si usted me lo permite, María del Carmen.

María del Carmen aceptó con una encantadora sonrisa y se cogió del brazo que le ofrecía Julio, y juntos salieron los dos con dirección al teatro Maypú, que era donde actuaba la artista.

No hacía cinco minutos que había marchado María del Carmen con Julio, cuando apareció precipitada-

mente don Carlos Soler, diciéndole al dueño de la casa:

—Le ruego me perdone, amigo mío, por mi tardanza.

—Ha sido una verdadera lástima, don Carlos, que no haya usted podido oír cantar a la gran artista española.

—Lo siento, pero es que por el camino hemos atropellado a una pobre gallina.

—¿A una gallina?—preguntó el dueño de la casa.

—Sí, le hemos estropeado el sombrero.

—¿El sombrero a una gallina?

—Sí, claro, lo llevaba puesto.

—¿Que lo llevaba puesto? ¿Que una gallina llevaba el sombrero puesto?

—No, hombre. La gallina la llevaba un hombre, y el hombre llevaba el sombrero.

—Vamos, don Carlos, Usted, ¿a quién de los dos ha atropellado?

—A los tres — respondió don Carlos.

—¿Cómo que a los tres?—preguntó otra vez el dueño de la casa, que cada vez entendía menos al atolondrado don Carlos.

—Sí, hombre, a los tres — respondió el señor Soler—. ¿No está claro? El hombre iba acompañado de su señora, y como no tenían nada que hacer, pues ya ve usted, se

les ocurrió interceptar el paso del coche. Afortunadamente no ha sido nada de cuidado y han continuado su paseo.

Como todas las cosas de don Carlos, echaron a risa el incidente y fué a sentarse el muy pícaro entre dos muchachitas de las más lindas que había en la fiesta.

Se formó inmediatamente el corro para bailar el pericón y los bailarines, al son de la música y a la voz del que los dirigía, comenzaron a trenzar los armoniosos pasos del baile, mientras que una de las muchachas que estaban con don Carlos preguntó a éste:

—Don Carlos, ¿usted no baila?

—¡Ay, pebétal! Ahora mismo.

—Ahora no, por Dios—respondió riendo la chiquilla.

—Pues en cuanto usted quiera... Con lo que me gusta a mí bailar.

Afortunadamente, nadie ponía atención en lo que decía don Carlos, puesto que todas las miradas estaban pendientes de los bailarines, que demostraban ser unos consumados artistas por el ritmo que daban a la danza. Al terminar aplaudieron todos o los que habían intervenido en el pericón y la fiesta siguió tan animada como había comenzado.

Después de aquella noche fueron varias las que se vieron María del

Carmen y Julio. Poco a poco iba naciendo un idilio que ninguno de los dos se atrevía a cortar. Él, porque cada vez se sentía más enamorado de ella, y María del Carmen, porque cada día se sentía más ligada hacia aquel joven, cuya simpatía era extraordinaria. Tal vez si la artista se hubiera detenido a analizar la clase de sentimientos que la unían a Julio, hubiera comprendido que no era amor, que ella no sentía por él el mismo afecto sentimental que el muchacho sentía por ella, pero como se encontraba a gusto a su lado, como lo echaba de menos las horas que no estaba junto a él, creyó también ella que le amaba, y retrasaba su marcha cuanto podía.

Por fin, una noche, mientras cenaban en uno de los aristocráticos restaurantes de Buenos Aires, ella le dijo:

—Estoy ya cansada de venir siempre aquí.

—¿Por qué?—preguntó Julio.

—Porque siempre vemos la misma cara de este camarero.

—Si quieres, le digo que se ponga una barba, para que te parezca otro.

—Pero qué tonto eres—le dijo ella cariñosamente—. ¿Por qué eres tan tonto?

—Pues porque a ti te gustan los

hombres tontos... Si te gustaran los escoceses, pues yo sería escocés.

Ella rió la salida oportuna de Julio, y adoptando un aire serio, le dijo de pronto:

—Julio, esta es la última noche que nos vemos.

—¿La última noche?—preguntó alarmado el joven.

—Quiero decir por ahora. No tengo más remedio que marcharme mañana.

—Pero, ¿por qué te marchas, María del Carmen? ¿No eres feliz aquí?

—Mucho, Julio, pero tengo contratos firmados y no tengo más remedio que regresar a España a cumplirlos... Pero yo te prometo que dentro de poco tiempo regresaré otra vez.

—Sí, cuando regreses ya no tendré que decirle al camarero que se ponga barba postiza, porque ya le habrá crecido. Créome, María del Carmen, cuando silbe el barco para anunciar tu partida, será como un puñal que me clavase en el corazón.

—No seas niño—le dijo ella acariciándole una mano—. Ya verás cómo volveré.

Y aquella noche fué para Julio una de las noches de más dolor en su vida, solamente al pensar que al día siguiente partiría la mujer por quien se sentía tan ilusionado.

Pero aquella promesa no era suficiente para el enamorado muchacho. No podía hacerse a la idea de separarse de María del Carmen y aprisionándole las manos entre las suyas le dijo:

—¿Pero cuándo volverás, María del Carmen?... ¿Crees que podré vivir mucho tiempo sin verte?

María del Carmen sonrió satisfecha de aquel amor que había despertado en Julio; dejó que él le besara las manos y le respondió a su vez:

—Ya te he dicho que en cuanto acabe mis contratos volveré a buscarte. Hay que tener paciencia. En la vida no puede conseguirse todo según se desea. Hay que saber esperar.

—¡Esperar! — suspiró él —. María del Carmen, cuando se ama como yo te amo a ti, la espera, por corta que sea, parece eterna. Tú

sabes lo que serán para mí esos días en los que no te vea, en los que no pueda sentirme acariciado por tu voz? Si me amases como yo te amo a ti, pensarías en que esta separación no es necesario, en que nuestro amor vale mucho más que todos esos contratos de que me hablas.

María del Carmen se puso seria. Advertía en Julio una vehemencia que era para ella desconocida, y le dijo:

—No, Julio. Yo no pongo en duda todo ese amor de que me hablas. Yo también te quiero, ¿por qué negarlo?, pero hay que vivir en la realidad de la vida, y tienes que comprender que una mujer como yo se debe a su arte.

Julio no se atrevió a responder. No encontraba palabras suficientes para hacerla desistir y se separaron dejando en el corazón del joven toda la amargura de un amor sentido y no gozado.

EL VIAJE DE DON CARLOS SOLER

EN el mismo barco que embarcaba María del Carmen para regresar a España, lo hacía también don Carlos Soler. Era un barco que hacía escala en Italia y desde allí el señor Soler pensaba tomar el avión para dirigirse a España.

Hasta el momento de embarcar lo acompañaron los consejeros de los almacenes y Julio. Una vez que estuvieron en el puerto, don Carlos abrazó a su ahijado y le volvió a decir:

—Te dejo cuanto tengo, Julio. A ver cómo te portas durante mi ausencia.

—No tenga usted cuidado, padrino —le respondió el joven queriéndole dar ánimos.

—¡Ah!, no se vayan a dejar en-

cendidas las luces de los almacenes—les recomendó a los consejeros.

—Esté usted tranquilo—le respondieron.

—Además, deben ustedes hacer un pedido de insecticidas. Anular el que tenían hecho a la otra fábrica y... no dejarse las luces encendidas.

Llegó el momento de la despedida definitiva y todos vitorearon a don Carlos, quien después de abrazar a su ahijado subió al buque.

Minutos después zarpó el barco rumbo a Europa, y don Carlos, recostado sobre la borda, siguió con la mirada aquella tierra querida, donde tanto había luchado y donde tan feliz había sido.

Al cabo de una semana de nave-

gación llegaron a un puerto italiano, en donde tenían que desembarcar. En la Aduana se acumulaban los equipajes y todos los viajeros pugnaban por ser los primeros en terminar, para marcharse.

Sobre el mostrador estaba el equipaje de Maria del Carmen, y junto a ella estaba también don Carlos. El empleado de la Aduana le preguntó en italiano a la artista, y ella le respondió sonriendo:

—No entiendo lo que quiere decir.

—Le pregunta—le dijo don Carlos—si tiene algo que declarar.

—¡Qué alegría!—exclamó ella—. ¿Es usted español?

—Sí, señorita—respondió don Carlos admirando la belleza de Maria del Carmen—. He venido en este barco.

—Qué casualidad—exclamó Maria del Carmen—. Yo también he venido en este barco.

—Entonces me habrá visto usted—replicó don Carlos—. Yo me he pasado el viaje en cubierta, fumando puros.

—Ahora caigo. Yo veía una cosa muy rara que echaba humo, pero creí que era la chimenea.

Hablaban sin preocuparse de que los demás viajeros esperaban turno para que les fuesen revisados sus equipajes, y entre todos los que allí

esperaban había uno de esos seres que se incomodan por nada. El carácter de este hombre era de lo más irascible que puede darse, y al ver que no acababan nunca de hablar se encaró con don Carlos, diciéndole:

—¿Quiere usted hacer el favor de apartarse?

—No, señor—respondió don Carlos.

—Aquí no se viene a hablar.

—Yo hago lo que me da la gana.

—Haga usted lo que quiera, pero no se ponga delante.

Y al decirle esto le dió un empujón y se colocó en el lugar donde estaba el señor Soler, quien al verse tratado de aquella forma protestó diciéndole:

—Yo estoy detrás, pero le digo que hago lo que quiero. ¿Lo oye usted?

El viajero, al cambiarse de lugar, no se había cuidado de cambiar su equipaje y equivocadamente abrió don Carlos la maleta, exclamando al ver los calcetines que llevaba dentro:

—¿Qué calcetines tan feos!... Pero ¿cómo me habrán puesto estos calcetines tan feos?

El viajero le quitó de un manotón los calcetines, diciéndole:

—No, señor; estos calcetines son feos... Sabe Dios cómo serán los que usted lleva.

—Mejores que esos—respondió don Carlos picado en su amor propio de comerciante.

—Me gustaría verlos—le dijo de mal tono el otro viajero.

—Pues mirelos usted—exclamó el señor Soler poniendo un pie sobre el mostrador y enseñando los calcetines que llevaba—. ¿Los ve usted? Son de la serie F, del catálogo B.

Y no contento con enseñar la calidad de los calcetines, sacó el pañuelo de bolsillo que llevaba y se lo entregó casualmente a una señora que había a su lado, diciéndole:

—Mire usted qué pañuelo. También es de mis almacenes.

—Sí que es muy bonito—contestó la señora.

Pero casualmente, la señora a

quien le había entregado el pañuelo para que admirase su calidad era nada menos que la esposa del individuo con quien estaba discutiendo, quien además de poseer un carácter más agrio que un limón, era un hombre que sentía celos hasta de su propia sombra. Al ver el pañuelo en manos de su mujer se lo quitó violentamente y se lo arrojó a don Carlos, diciendo:

—¡Qué va a ser esto bonito! ¡Esto es una birria!

Y como aquella discusión amenazaba con ser más larga aún que la conversación que tenía antes con María del Carmen, el público empezó a protestar y don Carlos salió de la Aduana acompañado de la artista, de quien no pensaba ya separarse en todo el viaje.

EL DESAFÍO

PARA don Carlos, María del Carmen era la mujer más ideal que había conocido en su vida. Sentíase atraído por la belleza de aquella mujer y se prestó a ser su compañero de viaje hasta que llegasen a Barcelona, donde la artista tomaría el tren para Madrid, al mismo tiempo que con Carlos se dirigía hacia Valencia para trasladarse a Alborg, su pueblo natal.

En el tren que había de conducirlos hasta el punto donde estaba el aeródromo, los dos nuevos amigos charlaban animadamente en el coche restaurante, sin darse cuenta de que en la mesa de al lado estaba el matrimonio con cuyo esposo había tenido aquella mañana la discusión tan violenta.

Ajeno a todo lo que no fuese María del Carmen, don Carlos le decía entusiasmado:

—María del Carmen, es usted la mujer más hermosa que he conocido.

—Y usted es muy simpático... Debe usted ser un hombre encantador. Siempre está de broma.

—No tengo motivos para no estar contento. Soy rico, soy hijo predilecto de Alborg. Allí he hecho algunas obras y pienso edificar un teatro... Soy soltero...

—¿Y por qué no se ha casado usted?

—Porque todavía no he encontrado una mujer a quien amar, una mujer que sea como usted, María del Carmen... ¿Quiere usted que nos casemos?

—Va usted muy deprisa, señor Soler—le dijo ella riendo.

En aquel instante, un movimiento del tren estuvo a punto de verter la copa de licor que tenía en la mano, y don Carlos exclamó:

—¡Caray! El que va aprisa es el maquinista.

Dejó la copa, y llenando una de champaña, le preguntó:

—¿Quiere usted que brindemos por nuestra amistad?

—Brindemos por ella.

Alzaron las copas para brindar y María del Carmen se fijó entonces en el viajero con quien estuvo discutiendo y se lo señaló a don Carlos, diciéndole:

—Mire usted quién va ahí.

Don Carlos los miró, y al ver que no bebían nada cogió una copa y se la ofreció a la señora, diciéndole:

—Señora, ¿me permite usted un poco de champaña?

—¡Mi señora no bebe más champaña que el que yo le doy!—exclamó furibundo el esposo.

—Pero es que como usted no le da ninguno...—repuso don Carlos.

—¡Es usted un imbécil!—exclamó el marido—. Desde el primer momento he visto que estaba usted enamorado de mi esposa.

—Caballero, que no he hecho más que ofrecerle una copa de champaña.

—¡Váyase enhoramala!—volvió a decirle.

—Hombre, por Dios—le dijo su esposa—, no te pongas así. Ese hombre no ha hecho más que tener una galantería conmigo.

—La culpa la tienes tú, por pintarte tantos lunares—le respondió su marido—. Desde hoy no te pintarás más lunares que los que yo quiera, y el día que yo te lo diga.

—Bueno, amigo don Carlos—le dijo María del Carmen—, es tarde ya y es hora de retirarme.

—Que usted descanse, María del Carmen—le dijo don Carlos—. Y si necesita algo, no tiene más que tirar del timbre—y le señaló el de alarma, como si aquello no tuviera importancia.

Se levantaron los dos y don Carlos la fué a despedir hasta el final del coche restaurante. Al volver para ir a sentarse nuevamente en su sitio, se dio cuenta de que se le había caído la servilleta a la señora a la cual invitara a champaña momentos antes, y galantemente la recogió del suelo para entregársela. Allí fué Troya. El marido celoso, al darse cuenta de que el mismo individuo se dirigía nuevamente a su mujer, se levantó como una furia y le dijo:

—Caballero, ¿quiere usted dejar en paz a mi señora?

—Pero hombre, por Dios — se disculpó don Carlos —, si es que se le había caído la servilleta y se la he recogido.

—Mi señora no necesita que ningún mequetrefe como usted le recoja la servilleta.

—Ah, pues si usted quiere, la tiro otra vez al suelo.

Los demás viajeros, al ver el mal cariz que tomaba el asunto, se levantaron por si tenían que interceder, y el marido continuó diciéndole:

—Lo que es que está usted enamorado de mi señora, y no la deja en paz.

—No te pongas así, hombre —intervino su mujer—. Yo no niego que este señor esté seducido por mis encantos, pero no hay nada de lo que tú te supones.

Don Carlos la miró asombrado. No podía comprender cómo aquella mujer era capaz de decir aquello que le ponía en tan grave peligro, a juzgar por las miradas asesinas que le echaba el marido. Y para colmo de desgracia, en aquel momento el tron tomó una curva rápidamente y la señora, al sentir que se caía, se agarró a don Carlos para guardar el equilibrio.

Aquello fué lo que acabó con la paciencia de su marido, que agarró

a don Carlos por las solapas, diciéndole:

—¡Le voy a arrojar a usted por una ventanilla!

—¿Pero no ve usted que voy a hacerme daño?—suplicó don Carlos.

—¿Me negará usted que estaba abrazando a mi esposa?

—Yo...—titubeó antes de responder don Carlos.

—El no ha tenido la culpa—intervino la señora—. En esta ocasión he sido yo la que se le ha abrazado.

—¿Con que en esta ocasión has sido tú?... ¿Luego no me negarán que otras veces ha sido él? Está bien, caballero. Esto no lo puedo consentir y le mandaré mis padrinos.

—¡No, por Dios!—exclamó asustada su mujer—. Más muertes por mi culpa, no. Ya has matado a tres y no quiero que continúes.

Al oír aquello, al pobre don Carlos se le puso la carne de gallina. Pensó que aquel individuo no tendría compasión de él y que le mataría como a un pájaro. ¿Es decir, que ya había matado a tres? ¿Qué le importaría entonces matar uno más? En vista de ello, ni siquiera intentó disculparse, y se alejó del grupo, diciendo:

—Buenas noches, señores.

—¡Malas noches!—exclamó de mal talante el marido celoso.

Y prometiéndose a sí mismo no salir más de su vagón, el pobre don Carlos se echó sobre su cama, pensando en el marido celoso, en su muerte próxima y en la belleza de María del Carmen.

Al día siguiente tomaba con la artista el avión que había de dejarlos en Barcelona. Ya le parecía a él que el peligro estaba conjurado. Por lo menos allí no se encontraría con el antipático matrimonio que tan accidentado le estaba haciendo pasar el viaje.

Mas cuál no sería su sorpresa, al ver que en la butaca de al lado estaba la señora en cuestión, y detrás de ella el marido.

María del Carmen se había dado cuenta desde un principio, pero no quiso decirle nada para no alarmarlo. Mas don Carlos, al advertirlo, sintió que el pequeño mareo que le producía el avión se le aumentaba grandemente, y le dijo a su compañera:

—María del Carmen, ¿quiese usted hacerme el favor de darme el tubo del aire?

La artista cogió el tubo que llevan preparados todos los aviones de pasajeros para respirar en caso de mareo, y don Carlos se lo pasó varias veces por la cara, sintiendo ese alivio natural que produce el aire fresco.

—¿Se encuentra usted mejor?
—Le preguntó cariñosamente María del Carmen.

—Sí, ya parece que se me ha quitado el mareo.

Mientras tanto, el marido de la señora no le quitaba ojo de encima, espiando todos los movimientos que hacía.

Don Carlos miró por una ventanilla, y al ver a la altura que estaban preguntó alarmado:

—¿No se le desprenderá a este aparato un ala?... ¿Qué pasaría si se le desprendiese?

—Pues que se la arreglarían, y en paz—respondió María del Carmen riendo del miedo que denotaba el pobre hombre.

Continuó el viaje durante unos minutos más sin incidente alguno, hasta que María del Carmen tuvo la mala ocurrencia de pedirle su maletín a don Carlos.

—Me hace usted el favor de darme el maletín de la rejilla—le dijo.

—Con mucho gusto, María del Carmen—respondió él levantándose inmediatamente para entregárselo. Mas al estar en pie para ir a bajar el maletín, el avión dio uno de esos virajes tan corrientes en los vuelos y don Carlos, sin saber cómo ni de qué manera se encontró sentado en la falda de la señora

culpable de todas sus desdichas en aquel viaje.

El marido se levantó como una fiera. Lo cogió por las solapas y si no hubiera sido por los demás viajeros, seguramente que lo hubiera lanzado por una ventanilla. Don Carlos estaba que no le llegaba la camisa al cuerpo. Sentía que la sangre se le helaba en las venas, y María del Carmen al ver el apuro en que se encontraba, creyó oportuno interceder por él diciéndole al celoso marido:

—No tiene usted razón. Este señor iba a recoger mi maletín y se ha caído.

—¿Y precisamente sobre la falda de mi mujer?

—No podía elegir sitio—respondió don Carlos—. Le aseguro que de haberlo sabido habría caído de otra forma.

—Es usted un cínico—exclamó el esposo que se creía ultrajado.

—Hombre, yo le aseguro...

—No me asegure usted nada y salga de aquí inmediatamente.

—Pero, hombre, ¿cómo quiero usted que salga? ¿No ve usted que me voy a romper la crisma?

—¿Y a mí qué me importa?

—A usted, no; pero a mí, sí; a mí me importa muchísimo no rompérmela.

—Le he dicho que salga—institió nuevamente.

También en esta ocasión intervinieron los demás pasajeros, y gracias a la intervención de ellos don Carlos pudo nuevamente ocupar su butaca y continuar su viaje, hasta la llegada feliz a Barcelona.

En el aeródromo de Barcelona esperaban a la artista su representante y dos músicos que eran sus compositores. En cuanto los vió, María del Carmen corrió a ellos diciéndoles:

—Queridos amigos. ¡Cuántos deseos tenía yo de veros!

El representante se adelantó a ella y estrechándole las manos le respondió:

—No sabes qué alegría nos diste cuando recibimos tu telegrama. Inmediatamente nos pusimos en camino para esperarte y acompañarte a Madrid.

María del Carmen se dió cuenta entonces de que don Carlos la esperaba y se acercó a él para presentarle a sus amigos diciéndole:

—Amigo mío, le presento a usted a mi representante y a mis colaboradores musicales. Aquí don Carlos Soler, mi compañero de viaje.

—Mucho gusto, señor—le dijo el representante.

Los demás le estrecharon las ma-

nos y María del Carmen se despidió de don Carlos, diciéndole, al mismo tiempo que le daba su dirección de Madrid:

—Aquí tiene usted el hotel donde paro en Madrid. Si va usted por allí, le ruego que me visite. Será para mí una alegría grande.

—Descuide usted, María del Carmen. En cuanto termine mis obligaciones de hijo predilecto, iré a hacerle una visita.

—Pues hasta entonces, querido amigo.

—Hasta muy pronto —respondió don Carlos, siguiendo con la vista a la artista que se alejaba con sus amigos para tomar el coche que aquéllos habían traído.

Tan ensimismado estaba viendo marchar a María del Carmen, que no se dio cuenta de que el celoso marido se acercaba y le preguntaba:

—¿A qué hotel va usted?

—Gracias; ya tengo hotel, mozo.

El otro le preguntó más irritado todavía por haberlo confundido con un mozo:

—Le pregunto que a qué hotel va usted.

Don Carlos se volvió y al ver a aquel individuo quedó sin habla y respondió tartamudeando:

—¿Dice usted que a qué hotel va usted?

—Eso se lo pregunto.

—Se pregunta usted que a qué hotel va.

—Yo no tengo que preguntar esa tontería. Se lo pregunto a usted.

—Sí, claro usted, se lo pregunta a usted—volvió a tartamudear don Carlos.

—No sea usted imbécil—exclamó el marido celoso—. Le pregunto que en qué hotel se hospeda. Yo ya sé en el que me hospedo.

—¡Ah! ya comprendo. Pues... sí, yo me hospedo en el Ritz.

—Muy bien—le volvió a decir aquel hombre, que se había convertido en su rival—. Allí recibirá usted mis padrinos para que acuerden las condiciones del duelo. Ma los días.

—Pero que muy malo—respondió don Carlos, cada vez más asustado y pensando que aquel hombre no se daría por satisfecho hasta que hubiese terminado con él.

A la mañana siguiente un frío glacial se adentraba en los huesos. Era una mañana gris, sin sol y con un vientecillo que se calaba dentro de las carnes.

Don Carlos sentía que todos sus miembros carecían de la fuerza necesaria para el movimiento. Nunca hubiera sospechado él que su viaje a España pudiera traerle tan graves consecuencias. El día anterior ha-



— Además han traído es-
ta carta.



— Sobre todo mucha rec-
titud.



- Les ruego que me per-
donen por mi tardanza.



- Le prohíbo a Ud. que
hable así de esa señorita.



Junto a ella estaba también Don Carlos.



Fue a Madrid tan solamente por el deseo de hablar con M.^o del Carmen.



Se prestó a ser su compañero de viaje.



—Lo que veo es que cada vez se gasta más.



-¿Se encuentra usted mejor?



El alcalde de Albora...



—En cuanto termine mis obligaciones, le haré una visita.



Don Carlos asistía al banquete con el típico traje regional.



Los dos contendientes se colocaron de espaldas.

- Esta carta no es mía.



- Estoy emocionada por
este recibimiento.



- ¿Has venido, por fin?

bía recibido los amigos del viajero que se creía insultado y con otros que él había elegido no había tenido más remedio que aceptar aquel duelo. Claro está que don Carlos no pensaba dejarse matar inicuamente y para ello había adoptado sus precauciones, como era la de llevarse, por si hacía falta, una pistola ametralladora, debajo del gabán.

Mas así y todo él procuraba aplazar en todo lo posible la hora fatal de tener que disparar. Veía a su alrededor a los padrinos, al juez de campo y lo peor de todo, al doctor junto a una camilla, conducida por dos hombres vestidos de blanco, que parecían el anuncio de una muerte próxima. Pensaba en la tontería tan grande que era un duelo y en lo trágico que resultaba a veces. Y cada vez que por su imaginación cruzaba la idea de que podría sentir una flojedad en las piernas que se negaban a sostenerle.

Por milésima vez el juez de campo les dijo:

—Señores, por última vez. ¿Creen ustedes que con una explicación puede darse este lance por resuelto?

—Yo creo que sí—respondió don Carlos.

—Imposible—exclamó su contrario—. Solamente con la sangre puede lavarse la ofensa.

—Pues entonces ya saben las condiciones del duelo. Cuando yo cuente hasta tres dará una palmada y disparan ustedes.

—¿Dice usted que hasta tres?—preguntó don Carlos.

—Sí, hombre—respondió el juez.—Ya no sé cuántas veces se lo he dicho. Estamos aquí desde la madrugada y ya son las cuatro de la tarde.

—Pues, si usted quiere, lo podemos dejar. Nos podemos ir a comer.

—No, señor—exclamó iracundo su rival—. Lo que usted tiene es miedo.

—Yo que he de tener miedo—respondió más muerto que vivo don Carlos.

—¿Estamos entendidos?—preguntó el juez—. Cuando yo dé la palmada disparan ustedes.

—¿Dice usted una palmada, verdad?—preguntó don Carlos.

—Sí, hombre. Yo contaré hasta tres... «una, dos, tres», y entonces dará la palmada y ustedes disparan.

—Sí, ya comprendo. Usted dará una palmada, luego contará hasta tres y a disparar se ha dicho.

—No, señor, al revés.

—¿Quiere usted decir que disparamos y usted luego da la palmada?

—Tampoco. Yo cuento, luego doy la palmada y ustedes disparan.

—¿Y si nos hacemos daño?

—Procuren que sea el menor posible.

Y don Carlos, viendo que ya no tenía más remedio que batirse con aquel individuo, que por lo visto se había propuesto que él no fuese hijo predilecto, se aprestó a la lucha.

Los dos contendientes se colocaron de espaldas. Empezaron a andar hasta que el juez dió las tres palmadas y una vez frente el uno del otro dió la señal de fuego. El primero en disparar fué el rival de don Carlos, que por fortuna no hizo blanco. Pero el señor Soler, pensando que seguiría disparando, que a continuación le sería fácil hacer puntería, no lo pensó más. Sacó la pistola ametralladora que llevaba escondida y empezó a disparar sobre todos los presentes. El efecto fué rápido. Aquellos hombres, creyendo que se había vuelto loco, comenzaron a correr, perseguidos por don Carlos. El doctor se dejó caer sobre la camilla y los enfermeros echaron a correr con ella, llevando desvanecido el cuerpo del pobre doctor. Pero don Carlos, una vez puesto ya a defenderse no paraba mientes y escondido tras el tronco de un árbol seguía haciendo fuego, hasta que sintió como si le hubieran herido,

Sintió un golpe y al mismo tiempo se vió zarandeado violentamente. Abrió los ojos y vió junto a sí a dos señores que le preguntaban:

—¿Qué le ocurre, caballero?... ¿Qué soñaba usted?

Don Carlos se pasó las manos por los ojos. Miró a todos lados y se vió dentro de un vagón de ferrocarril. Aquello le tranquilizó algo. Se pasó las manos por todo el cuerpo, como para cerciorarse de que no estaba herido y para estar más seguro todavía preguntó a sus compañeros de viaje:

—¿Dónde estamos?

—Estamos cerca de Valencia.

—¿De Valencia?—exclamó emocionado don Carlos.

Se asomó a la ventanilla y vió que, en efecto, era así como le decían. Ante sus ojos, que se abrían maravillados ante tanta belleza del campo, desfilaban los grandes naranjales en fruto. Por un lado y por otro las bellas huertanas recogían la sabrosa fruta y muchas de ellas hincaban sus dientecllos sobre la carnosa pulpa, saboreando el dulzor de aquel líquido incomparable y único en el mundo.

Los naranjos parecían bosques inmensos que se alineaban a un lado y a otro de la vía, y don Carlos sentía en aquellos momentos incluso pesar de que el tren fuera tan

aprisa para no poderse detener en la alegría de tanta belleza como se veía a su alrededor.

Las populares canciones de la Huerta valenciana animaban a los trabajadores en su faena de reco-

lección y al rico comerciante que volvía de nuevo a su tierra le parecía vivir aquellos años mozos en los que tuvo que emigrar en busca de una fortuna que no encontraba en su país.

UN RECIBIMIENTO APOTEÓSICO

BREVE fué su estancia en Valencia, tan breve, que solamente duró unas horas. Tenía ganas de volver a su pueblo natal. Sentía ansias de estar otra vez en aquellos lugares donde había pasado la niñez, y aquella misma mañana tomó de nuevo el tren que había de conducirlo a la estación en donde haría el cambio para coger el pequeño ferrocarril que lo había de conducir hasta Alborá.

Durante este segundo trayecto por las tierras levantinas pudo admirar un nuevo paisaje. Habían desaparecido en gran parte los naranjos para dar paso a los cañales que riegan la huerta. En muchos pueblos por donde pasaba veía a los pescadores remendando sus redes, mientras otros cruzaban en

barcas por entre las cabañas típicas valencianas.

Al mediodía llegaron a la estación donde tenía que tomar el último tren para ir a Alborá. La máquina y el vagón destinado a él se hallaban engalanados con flores y plantas verdes, con banderas nacionales, y don Carlos, desde aquel momento, empezó a sentir la emoción de su llegada al pueblo natal por el que tanto había hecho.

Horas después el tren entraba en la estación de Alborá. Todo el vecindario se había congregado allí para recibirle, con el ayuntamiento en pleno.

Al parar el tren, la banda de música empezó a tocar, y vivas a don Carlos Soler atronaron el espacio. Él, desde una ventanilla, veía

todo aquello y sentía que el corazón le latía con más fuerza que nunca. En su vida había sentido tanta emoción como en aquel instante. Por fin se apeó del vagón y el alcalde se acercó a recibirlo diciéndole:

—Como alcalde del noble pueblo de Albora, le doy la bienvenida, don Carlos Soler, hijo predilecto de la ciudad.

—Gracias, muchas gracias—empezó a decir don Carlos. Pero antes que pudiera terminar le interrumpió el alguacil diciéndole:

—Cáyese. ¿No ve usted que no puede hablar todavía? Está hablando el alcalde y el alcalde es el primero. Cuando le toque el turno ya hablará.

—¡Bueno, hombre, bueno! —respondió don Carlos, sin molestarse por ello.

Entonces se acercó una niña, una de esas que siempre hay en cada pueblo que causan la admiración de sus paisanos por su precocidad, y le dio la bienvenida al mismo tiempo que le entregaba un ramo de flores, rogándole con un precioso verso (el verso no puede faltar nunca en estas recepciones) que aceptase el ramo que le ofrecía.

Don Carlos lo aceptó, le hizo algunas caricias a la chiquilla, y entonces el alcalde les dijo a los que estaban reunidos:

—Ahora vamos a ir al Ayuntamiento. Después iremos a inaugurar la escuela y luego a la fiesta.

Se puso la comitiva en marcha. Los hombres iban montados en ricos caballos enjaezados, llevando a la grupa lindas muchachas ataviadas todas con los trajes regionales. Don Carlos se confesaba a sí mismo que nunca había visto reunida tanta belleza como en aquel momento.

Después de este apoteósico recibimiento y seguidos por la banda llegaron al Ayuntamiento en cuya plaza se había levantado un tablado para las autoridades y para el festejado.

Una vez allí volvió de nuevo el alcalde a tomar la palabra diciéndoles a los vecinos:

—Ciudadanos del noble pueblo de Albora. Nos hallamos reunidos para recibir a don Carlos Soler, hijo predilecto y bienhechor del pueblo.

Tosió dos o tres veces para seguir su discurso y a continuación dijo:

—Aquí tenéis a don Carlos Soler. Don Carlos Soler es aquel niño esmirriado, raquítico y lleno de granos que todos conocimos. Pero don Carlos Soler se ha hecho un hombre fuerte y rico y no se ha olvidado de su pueblo. Y no se ha olvidado

de su pueblo porque don Carlos Soler es bueno y bondadoso. ¿Y sabéis porque es bueno y bondadoso? Pues porque ha nacido en Albora. Si don Carlos Soler no hubiese nacido en Albora entonces... bueno, entonces también sería bueno y bondadoso, pero no tanto como ahora. Don Carlos Soler es el hijo predilecto de Albora y es nuestro padre.

—¡Viva nuestro padre! — gritó un vejete del pueblo.

—Gracias, hijo—respondió don Carlos.

El alcalde había terminado su peroración y le dió con el codo a don Carlos diciéndole:

—¡Ché, ahora tú! ¡A ti te toca ahora!

Don Carlos se levantó para hablar y les dijo:

—Estoy emocionado por este recibimiento que me habéis hecho. Como ha dicho el alcalde, yo salí de aquí sin una peseta. Yo he dormido en los bancos de los paseos, yo he vendido gomas para los paraguas y gafas para los ojos. He trabajado mucho, pero he triunfado. Cuanto soy lo pongo al servicio de mi pueblo. Lo hecho no es nada en comparación con lo que pienso hacer. Haré construir una carretera, una iglesia, un pantano. También construiré un teatro, un magnífico

teatro que lo inaugurará la mejor artista del mundo. Don Carlos pensaba en aquel momento en María del Carmen. Haré todo lo que queráis.

—¡Viva don Carlos Soler! — gritaron todos.

Y los vivas se sucedieron por todas partes hasta llegar a la escuela costeada por don Carlos, en donde ya estaban los niños y la maestra esperándole.

Como es natural (tampoco esto puede faltar en una escuela de pueblo) la maestra había tenido buen cuidado de enseñar a los pequeños una canción que terminaba con un viva a don Carlos Soler. Tuvo el buen hombre que oirla pacientemente y al terminar una niña se le acercó a decirle un versito y a darle las gracias por la creación de aquella escuela.

Terminó por fin los actos oficiales de aquel día y por la tarde se celebró una fiesta típica. Parejas de danzarines ejecutaron los bailes regionales, mientras otros cantaban las célebres jotas valencianas.

Don Carlos admiraba todo aquello por lo que tenía de bello. Le parecía mentira que pudieran reunirse en un pueblo tan pequeño tantas caras bonitas de mujer como las que estaba viendo. Y al fin, cuando ya el sol empezó a declinar, ter-

minó sus tareas de aquel día, si bien después de haber dado las instrucciones para que se comenzasen las obras del teatro.

Cifraba toda su ilusión en que aquel teatro fuera inaugurado por la única mujer que a sus años había conseguido inspirarle una pasión amorosa. Toda su fortuna y cuanto era lo hubiera puesto a disposición de María del Carmen. En su vida de soltero, en aquella vida prosaica que siempre había llevado sin más distracción que la de hacer cálculos y números para aumentar su fortuna, la presencia de María del Carmen ponía un rayo de alegría y juventud, a los que se aferraba con el interés y el deseo propio de quien ve que pasan los años de juventud sin haberlos disfrutado.

Creía que la edificación de aquel

teatro sería un halago para la artista, que vería en ello una demostración más del sincero amor que había despertado en él.

Y seguro de que nada podía fallar, de que todo iría a medida de sus deseos, cuando solo dejó volar la imaginación hacia Madrid, hacia donde estaba María del Carmen, pensando en que pronto volvería a estar a su lado, volvería a percibir la fragancia de su perfume seductor y que podría mirarse nuevamente en el brillo de aquellos ojos que parecían acariciar y hablar continuamente de amor.

Y con la ilusión de aquel próximo encuentro, sintió que su corazón latía violentamente a impulsos de aquella pasión que se había adueñado de todo su ser.

EN BUSCA DE MARIA DEL CARMEN

MIENTRAS todos estos acontecimientos se sucedían durante el viaje de don Carlos a España, en Buenos Aires el negocio tomaba un aire muy distinto y rumbo muy diferente del que hasta entonces había llevado. Para Julio la marcha de María del Carmen había sido un golpe terrible. Tan interesado estaba por ella, que empezó a abandonar el negocio y todas las noches recorría los puntos de reunión de la ciudad bebiendo más de la cuenta.

La primera noche, al volver de nuevo a los establecimientos, encendió todos los departamentos y hasta él llegó la voz de María del Carmen, que cantaba la misma canción que la oyera en el rancho. Era una alucinación suya, pero la veía por to-

das partes. La veía probarse los zapatos, como la primera vez que habló con ella, bajando las escaleras, en la sección de muñecas, en las de medias, en todas partes, en fin. Y cuando corrió, llevado por su ilusión, a abrazarla, se dio cuenta de que era la radio la que funcionaba con una placa puesta de ella misma y que al dar la luz había puesto en marcha sin darse cuenta de ello.

Esta nueva vida le hacía ir tarde a dormir todas las noches y, como es natural, por las mañanas se quedaba dormido sobre la mesa de trabajo. Enriqueta se daba cuenta del motivo por el cual se encontraba en aquel estado y procuraba suplir con su trabajo la falta del de Julio. Mas los celos la atormentaban grandemente y una mañana, al entrar

en su despacho y verlo dormido le dijo indignada:

—Parece mentira que esté usted así, don Julio.

—Estoy como quiero—le respondió él de mal talante.

—Ya se ha olvidado usted de todo—exclamó ella—. El negocio va cada vez peor.

—La que se olvida, sin duda, de que soy el director es usted, Enriqueta—le contestó él.

La muchacha se abstuvo de decirle nada más y le preguntó:

—¿Hacemos el pedido de bufandas?

—Ya tengo yo bufanda y muy bonita.

—Son las bufandas para los almacenes.

—También tienen los almacenes bufandas. No hacen falta.

Enriqueta se desesperaba al verle en aquel estado de postración, y no pudo contenerse, por lo que le dijo:

—Y que de todo esto tenga la culpa esa artista, que le ha dejado a usted plantado. Sabe Dios si se acuerda de usted.

Julio Romero no pudo contenerse ante la insinuación de su secretaria y le respondió:

—Esa señorita no me ha dejado plantado. Esa señorita se ha tenido que ir a España a cumplir sus contratos y volverá.

—Que volverá... muy seguro lo dice usted... Y si por lo menos fuese buena artista... Si supiese cantar, pero tiene una voz de grillo...

—Le prohíbo a usted que hable así de esa señorita—le dijo él.

—Está bien, no hablaré más de esa señorita, o lo que sea...

Julio quiso terminar la discusión y le preguntó, al ver que llevaba un montón de cartas:

—¿Estas cartas son para firmar?

—No, para jugar al tute—exclamó Enriqueta de mal humor.

Julio comprendió que no había medio de poderse entender con ella y cogió las cartas para firmarlas, mientras Enriqueta seguía diciéndole:

—Y pensar que hay tantas muchachas que le adoran y usted está engreído con esa señorita, o lo que sea...

—¿Pero me quiere usted dar las cartas?—le preguntó Julio Romero.

Ella sin hacerle caso empezó a lloriquear diciendo:

—Yo me quiero morir, don Julio.

—Bueno, pero deme las cartas antes de morir.

—Tenga usted las cartas—le dijo ella—. Usted antes era un muchacho adorable, todas le queríamos, pero desde que conoció a esa señorita...

—...o lo que sea—terminó diciéndolo él.

—Sí, señor, o lo que sea, se ha vuelto usted otro hombre. Tiene abandonado el negocio. Y si no fuera porque yo estoy al tanto de todo, no sé qué sería de esto.

—Es verdad, Enriqueta—confesó él—. Es usted una secretaria ideal. Está usted en todo. Todo lo prevé. Nunca encontraría nadie que hiciera lo que usted hace.

—Sobre todo el balance global de don Carlos, ¿verdad?... Si no hubiera sido por esa artista, por esa señorita, o lo que sea...

Julio se levantó airadamente. Le molestaba la testarudez de su secretaria al hablarle siempre de María del Carmen y ya en la puerta le dijo:

—Le repito que me deje en paz.

—Pues no le dejaré — insistió él—. No quiero que usted siga en este estado en que está.

Julio la miró severamente, pensando que si en vez de ser una mujer fuera un hombre, le hubiera dado un director como para quitarle las ganas de volver a hablar otra vez de María del Carmen. Lo que menos podía él pensar en aquellos días era el idilio que su padrino estaba tejiendo con la misma mujer que a él le estaba quitando el sueño.

Y sin embargo ya hemos visto las prisas que se dió don Carlos para abandonar Alhora y marchar a Madrid tan solamente por el deseo de volver a ver de nuevo a María del Carmen.

En cuanto estuvo en la capital se apresuró a ir en su busca y llegó al hotel donde se hospedaba la artista cargado con un enorme ramo de flores. El encargado del hotel, al verlo entrar le preguntó solícito:

—¿Qué desea el señor?

—¿Se hospeda aquí la señorita María del Carmen?

—Sí, señor—respondió.

—Desearía verla. Haga el favor de avisarla y decirle que está aquí don Carlos Soler.

El encargado llamó por teléfono a la habitación donde estaba María del Carmen y ésta, al saber de quién se trataba, le dijo a su representante, que estaba con ella:

—Es don Carlos Soler. Aquel compañero de viaje... No tengo ganas de verle.

—¡No por Dios! — exclamó su representante, que era un cinico de los que se sienten capaces de robar hasta su misma sombra—. ¿No ves que ese hombre puede ser la salvación de todos? ¿No me dijiste que era riquísimo? ¿Que tenía un gran negocio en Buenos Aires?

—Así es—respondió ella.

—Pues recíbele. Háblale de mí y yo me entenderé con él.

En vista del consejo de su representante, María del Carmen le contestó por teléfono:

—Dígame a ese señor que puede subir cuando guste.

El encargado transmitió la respuesta a don Carlos Soler y éste, una vez que tuvo el número del cuarto de la artista se apresuró a subir.

Al llegar al pasillo que conducía a las habitaciones de la artista, don Carlos no se dio cuenta de que el representante se ocultó rápidamente tras el hueco de la escalera para no ser visto. Este le siguió con la vista hasta verlo entrar en el cuarto de María del Carmen y se frotó las manos satisfecho pensando en el negocio que se avecinaba.

Con el corazón palpitante de emoción don Carlos llamó y desde fuera oyó la voz armoniosa de María del Carmen que le decía:

—¡Adelante!

Entró don Carlos y quedó más deslumbrado que nunca ante la presencia de la artista. Vestía ésta un artístico salto de cama que dejaba adivinar las esculturales formas de la mujer. Con el ramo de flores delante de sus ojos, que le impidió ver a María del Carmen que se había acercado le dijo, extendiendo la

mano, pero sin dar con la de la artista:

—¿Cómo está usted, María del Carmen?

—Admirable. ¿Y usted, señor Soler?

—Pero ¿dónde está usted, que no la veo?

—Aquí, hombre, aquí.

Por fin se quitó de delante el ramo de flores y le dijo:

—Está usted encantadora, María del Carmen. Más hermosa que nunca...

—Muchas gracias, amigo mío.

Y al ver que no soltaba las flores le preguntó:

—¿Para quién son estas flores?

—¿Para quién quiere usted que sean, sino para usted? Pensé traerle otro más grande, pero temí que dentro pudiera haber un tigre y la asustase.

—¡Oh, me gustan mucho!

—¿Los tigres? — preguntó extrañado.

—No, hombre, las flores.

—Pues usted tendrá flores todos los días. No quiero que se prive usted de nada de lo que le guste. Y dígame, María del Carmen, ¿se ha acordado usted de mí?

—¿Y usted? — le preguntó ella mimosamente.

—Yo no he podido dormir, nada

más que pensando en usted. Desde que la vi ni vivo ni duermo. Créame María del Carmen. Me tiene usted loco.

María del Carmen le sonreía ante aquellas expansiones de amor y le dejaba entrever una posibilidad de conseguir el amor de ella. Por fin le atajó diciéndole:

—Amigo mío, va usted muy deprisa. Hay que tener un poco de paciencia.

—Yo tendré toda la que usted quiera, pero dígame que no le soy antipático.

—La prueba de que no me lo es está en que le recibo en mis habitaciones—le dijo ella.

—Muchas gracias, María del Carmen. No sabe usted lo feliz que me hace. Se lo juro a usted por la salud del alcalde de Albora, que es un tío más feo que un pescado.

—Y a propósito de Albora. ¿Qué tal le ha ido?

—Muy bien. Ahora soy el hijo más predilecto del mundo. Precisamente de eso quería hablarle a usted...

—¿A mí?—preguntó ella extrañada.

—Sí — prosiguió diciendo don Carlos—. Se trata de que yo he mandado construir un teatro en Albora y quiero inaugurarlo con toda

solemnidad. Quiero, además, que sea usted la que lo inaugure.

—Por mi parte, encantada, pero yo no puedo disponer de mí. Tengo mi representante y es preciso que usted se entienda con él.

—¿Y dónde está su representante?—le preguntó don Carlos.

—Yo le daré la dirección; usted le dirá que ha hablado conmigo y él le dirá si para esa fecha tengo algún compromiso que me lo impida.

—Pues ahora mismo iré. No quiero que me falle usted.

Se despidió de ella y salió decidido a buscar al representante.

No necesitó andar mucho tiempo, puesto que en el mismo pasillo el representante, al verlo salir se hizo el contradicho con él como si fuera a ver a María del Carmen. Don Carlos pasó por su lado, sin darse cuenta de él, hasta que el propio representante le detuvo diciéndole:

—¿Don Carlos, cómo está usted?

—Bien y usted—respondió don Carlos, dando señales de que no le conocía.

—¿No recuerda usted de mí?—le preguntó el representante.

—No caigo en este momento.

—Soy el representante de María del Carmen. Nos conocimos en Barcelona,

—Hombre qué casualidad. Precisamente quería verle a usted.

—Pues vamos a ver de qué se trata—le dijo aquél, cogiéndole de un brazo y marchando con él donde estaban sus amigos.

Cuando entraron al departamento del representante, éste llamó aparte a sus amigos, que eran los mismos compositores que viera en Barcelona y les puso al corriente del negocio que pensaba realizar, diciéndoles:

—Tened cuidado con lo que habláis. No vayáis a meter la pata.

—¿Qué es lo que tenemos que decir?

—Nada.

—Pues entonces diremos eso, descuida.

Entró en aquel momento don Carlos y los dos amigos fueron a saludarle diciéndole:

—¡Hola, don Carlos! ¿Qué tal le ha ido a usted?

—Muy bien. ¿Y a ustedes, señores?

Se volvió al representante y le preguntó:

—¿Quiénes son esos señores?

—¡Por Dios, don Carlos, si son los compositores de María del Carmen! Los saludó usted en Barcelona.

—¡Ah! sí, ahora recuerdo. Caramba, está usted más gordo—le dijo a uno de ellos.

—Pues es extraño, porque he adelgazado.

—¡Y usted está más delgado!—le dijo a otro.

—Pues estoy más grueso.

—¡Caramba! ¡No doy una!—exclamó riendo don Carlos.

—Don Carlos, ¿quiere usted un whisky? — le preguntó el representante.

—Encantado.

Le sirvieron una copa de whisky y el representante volvió a decirle:

—No es tan bueno como el que usted se merece, pero los negocios no van bien. María del Carmen tiene algunas dificultades y hay que esperar tiempos mejores.

—¿Que tiene dificultades María del Carmen? — preguntó extrañado. — ¿Y a qué se deben?

—Pues a incompreensión de algunos empresarios. Le regatean sus méritos y ella está desesperada.

—Serán unos imbéciles—exclamó don Carlos.

—Usted lo ha dicho. Unos imbéciles. Pero ya llegará un día en que salga el hombre que esté dispuesto a hacer valer en todo lo que vale a María del Carmen.

—¿Y qué hay que hacer para eso? — preguntó don Carlos.

—¡Ah, don Carlos! Enseñar a esos empresarios que no saben serlo. Hay un negocio magnífico que el que lo

emprendiera ganaría una fortuna y además colocaría el nombre de María del Carmen en el lugar en que debe estar por su arte y su belleza.

—¿Y en qué consiste este negocio?

—Se trata únicamente de formar un trust de teatros, como nunca lo ha habido en España. Presentar en todos ellos grandes espectáculos a base de María del Carmen y acaparar a esta artista para sus teatros. Los demás se la disputarían, el público se volvería loco y ella le estaría eternamente agradecida.

Don Carlos estuvo unos minutos en silencio. Luego, como quien toma una súbita resolución, le preguntó:

—¿Y cuánto es preciso para ese negocio?

—Poca cosa—le dijo el representante—. Por lo pronto bastaría con unas veinte mil pesetas. Es lo indispensable para empezar.

—Pues no se hable más del asunto—exclamó don Carlos—. Yo haré ese negocio. Ya tienen ustedes al hombre que necesitaban.

—¿Usted sería capaz de hacer este negocio? —le preguntó el representante, que no podía creer que con tanta facilidad consiguiese lo que se proponía.

—Sí, hombre; sí. Yo soy así; cuando me decido a una cosa lo hago rápidamente, pero con una condición.

—Usted dirá.

—Que María del Carmen ha de inaugurar mi teatro de Albora.

—Desde luego, don Carlos.

Y satisfecho por el negocio que había hecho y más que por el negocio, por tener ocasión de estar cerca de María del Carmen, don Carlos salió más contento que nunca, pensando que tenía ya más de la mitad del corazón de la artista en su poder.

EMPIEZA EL JUEGO

A partir de aquel momento, diariamente don Carlos podía ver a María del Carmen y ésta seguía el juego de sus amigos, aunque sin estar enterada del todo de qué se trataba.

Su representante la había dicho que era un negocio legal. Don Carlos que era montar una empresa teatral a base de grandes locales y ellos eran los que llevaban el negocio. En esto no vio María del Carmen ningún juego sucio y por ello no encontró ningún reparo. Lo que jamás hubiera ella consentido era que se aprovecharan de la buena fe de aquel hombre y menos aun del sentimiento que se había despertado en él para hacerle víctima de sus ruines manejos.

Pero ignoraba esto o ignoraba también que continuamente le sacaban grandes cantidades de dinero con el pretexto de nuevas compras.

En efecto, don Carlos veía anunciado en los periódicos la compra de nuevos teatros y como no conocía ninguno de ellos creía que era verdad cuanto le decían.

Continuamente tenía que pedir dinero a América para poder satisfacer las atenciones de aquellos pagos y el representante cada vez que le pedía dinero le decía:

—Esto marcha, don Carlos.

—¿Qué quiere usted decir?—le preguntaba don Carlos.

—Quiero decirle que el negocio va para arriba. Pronto bendecirán

su nombre los artistas y los músicos.

—Sí, pero lo que veo es que cada vez se gasta más.

—Comprenderá usted, don Carlos. Es un trust el que se está formando. Es usted el propietario de los principales teatros de España. Todo el mundo se ocupa de usted.

—Y yo me ocupo de pagar a todo el mundo—dijo don Carlos.

—¡Bah! eso no tiene importancia—le dijo displicentemente el representante—. Se trata del último gasto.

—¡Bueno, bueno!—terminó conformándose don Carlos—. Sea por última vez.

Se sentó a la mesa y extendió el cheque por la cantidad que le pedían.

El representante y sus amigos, cuando se fué don Carlos comprendieron que éste empezaba a escamarse y uno de ellos dijo:

—Me parece que este hombre soltará ya poco dinero.

—No lo creas—respondió riendo cínicamente el representante—. Soltará todo lo que nos convenga.

—Ya has visto que hoy estaba algo rehacio a entregar la cantidad que le pedías.

—Es que no pienso pedirle nada más.

—¿Que no? ¿Y cómo te las vas a componer?

—Ya te lo enseñaré. ¿No sabes tú que yo tengo recurso para todo? Pues ya lo verás.

Mientras tanto, María del Carmen vivía confiada, sin sospechar siquiera los trucos de aquellos tres individuos que de una manera tan descarada estaban dejando sin un céntimo a don Carlos. Alguna que otra vez actuaba en algún teatro, cobraba sus sueldos y esto era todo.

El representante, en vista de que don Carlos se mostraba cada día más rehacio, comprendió que había llegado el momento de actuar y una mañana reunió a sus otros dos amigos y les dijo:

—¿No os prometí que no tendríamos necesidad de pedirle más dinero a ese indiano?

—Sí, ¿has conseguido algo? —preguntaron los otros.

—Fíjate—les respondió mostrándoles un talonario de cheques firmado casi todo él por don Carlos.

—¿Te los ha firmado en blanco? —preguntaron extrañados.

—No séis tontos... Ya veréis quién los ha firmado.

Y en efecto volvió a firmar un cheque imitando la firma de don Carlos tan a las mil maravillas, que sus dos cómplices quedaron extrañados y no pudieron menos que de-

mostrarle su admiración diciéndole:

—Es estupendo... No te creía tan hábil.

—Pues ya lo ves. Creo que no se podrá quejar don Carlos. Le ahorro todo el trabajo que puedo.

Ya no tendrá ni que molestarse en ello.

Los tres cómplices se echaron a reír y quedaron satisfechos, aun cuando pensaban que aquel negocio tenía que terminar cuanto antes, si no querían terminar ellos mal.

LA SOSPECHA DE ENRIQUETA

DURANTE todo el tiempo que duraba la ausencia de María del Carmen, Julio Romero no recibió noticias de ella, lo que le hizo suponer que la artista le había olvidado, o que era mentira todo aquel amor que él creía que sentía por él.

A medida que pasaban los días, la herida poco profunda que María del Carmen había causado en Julio fué cicatrizándose. Volvió nuevamente al trabajo alentado por Enriqueta y fué ésta para él la compañera inseparable que le daba ánimos para persistir en su labor diaria.

Muchos días salían juntos los dos y en aquellos paseos solitarios Julio iba comprendiendo toda la ternura

que encerraba el corazón de su joven secretaria, pero entre ellos jamás se cruzó la menor palabra de amor que diera pie a que aquella amistad se trocase en otra clase de sentimiento.

Mas así y todo Enriqueta estaba contenta. Vela la alegría que tenía Julio siempre que salía con ella y esto era un síntoma de que poco a poco iba conquistando su amor.

Podía decirse que al poco tiempo de este cambio de actitud de Julio Romero, era Enriqueta quien llevaba por sí sola el movimiento de los almacenes. Ella sabía cómo había de comprarse y venderse los géneros y era ella la que cuidaba de que todos los asuntos fuesen al día, sin que Julio tuviera que hacer otra cosa que

ir dando su aprobación a lo que ella ya había decidido de antemano, y firmar la correspondencia.

Pero aquella tranquilidad que reinaba en el negocio y aquel auge que había vuelto a adquirir, se veía turbado por las constantes peticiones de fondos de don Carlos y a las cuales no encontraba Julio ni Enriqueta justificación alguna.

—Yo no sé lo que hace mi padrino con el dinero—le decía Julio.

—En efecto—respondíale Enriqueta—Casta una enormidad. Constantemente pide envío de fondos.

Pero un día, la muchacha encontró la justificación de todo cuanto ocurría al leer en un periódico la noticia de aquel trust que había formado don Carlos. Con esta intuición propia de la mujer sospechó que don Carlos debía ser víctima del manejo de algunos desaprensivos y se lo dijo a Julio, después de leerle el suelto que traía el diario.

—Me parece que don Carlos está siendo víctima de algún chantage.

—¿Usted cree?

—No me cabe la menor duda—insistió ella—. Hay que hacer algo para evitarlo.

—Sin embargo, no le podemos negar lo que pida—respondió Julio.

—No se trata de eso sino de desenmascarar a los que sean.

—¿Y cómo hacerlo?

—Pues marchando a España. Usted debe tomar el primer barco que salga e ir inmediatamente.

—Eso es imposible, Enriqueta.

—Además, no me equivoco mucho si digo de que por medio debe andar metida alguna mujer.

—¿Usted lo cree así?

—Ya le digo que tengo la seguridad. Vaya inmediatamente, si no quiere que lleguemos tarde.

—Sí, desde luego, tiene usted razón—respondió Julio—; pero yo no puedo abandonar el negocio. ¿Quién se quedaría aquí?

—Por eso no lo haga. Yo me quedaré al frente de todo. No lo hice así cuando usted tuvo aquella especie de calentura por causa de aquella mala artista.

—Es verdad, Enriqueta—respondió él, conmovido—. Es usted una secretaria ideal.

—¿Nada más que una secretaria?—preguntó ella con insistencia.

—Y una compañera deliciosa, una amiga como no se encuentra otra.

—Algo es algo—respondió Enriqueta conformándose por entonces con aquel aprecio, aun cuando interiormente se daba cuenta de que los sentimientos de Julio eran más

profundos que los que había expresado.

—Pues sí—determinó por fin Julio Romero— Como usted dice, yo debo ir a España, saber qué es lo que hace mi padrino y descubrir todo cuanto haya en este enredo. Usted se quedará aquí al cuidado de todo hasta mi regreso, y así estaré yo más tranquilo.

Y tal como lo pensó lo hizo. En el primer barco que salió para Europa tomó el pasaje y se fué decidido a Madrid, para averiguar qué clase de negocio era aquel que se traía su padrino y en el cual estaba consumiendo todo su capital.

Pero lo que él no podía suponer era que en el mismo barco también viajaba Enriqueta, aun cuando procuró mucho de que Julio no se diera cuenta de ello.

La muchacha no había podido resistir los celos. Estaba casi arrepentida de haberle aconsejado aquel viaje que podía nuevamente avivar la llama que ya estaba apagada del amor con María del Carmen.

Al llegar a Madrid, Enriqueta, mientras que Julio se orientaba, ella indagó y pronto supo que en aquel asunto estaba metida la artista. Una vez en conocimiento de ello no le fué difícil entrar de camarera en el hotel y servir de doncella a la propia María del Carmen, que lo que

menos podía sospechar era que estaba siendo vigilada.

Julio fué a ver inmediatamente al apoderado que tenían en España, y el buen hombre le confesó toda la verdad, diciéndole:

—Don Julio, desgraciadamente, su padrino ha caído en manos de una banda de estafadores que se están aprovechando inicuaamente de él. Ese negocio de los teatros es de lo más ruinoso que cabe, pero gracias a él se están enriqueciendo tres desaprensivos y esa artista que se llama María del Carmen.

Julio, al oír el nombre de María del Carmen, quedó asombrado. ¿Era posible que aquella mujer estuviese complicada en un lío semejante? ¿Sería verdad todo lo que había sospechado Enriqueta de ella?

Ahora empezaba a comprender muchas cosas. Mas así y todo, aún tuvo un resto de duda para preguntarle al apoderado:

—¿Está usted seguro de que en este negocio interviene esa artista María del Carmen?

—Segurísimo — le respondió el apoderado—. Como que ella ha sido el anzuelo para que picase su padrino. A su edad, un amor así es capaz de todas las locuras.

Julio Romero no necesitó saber nada más. Claro está que se abstuvo de confesar al apoderado los

amores que él había tenido con la artista, y tan solamente le preguntó:

—¿Tiene usted la dirección de esa mujer?

—Naturalmente.

—¿Quiere usted dármela?

—Sí, señor.

Le dió la dirección del hotel donde se hospedaba María del Carmen y Julio salió decidido a tener una entrevista con ella y hacerle hablar claramente.

Pero mientras él estaba hablando con su apoderado, Enriqueta sorprendió una conversación que la puso al corriente de muchas cosas que le interesaba saber.

El representante de María del Carmen había ido a visitarla y le dijo:

—María del Carmen, tienes que ir a inaugurar el teatro de ese don Carlos.

—¿Y cuándo es?

—Pues, pasado mañana creo que inaugura, pero tú deberás salir mañana mismo. Hay que tener cuidado que no sospeche nada. Después de todo, poco tiempo nos queda ya para terminar.

—¿Para terminar qué?—preguntó ella.

—Pues con el dinero de ese imbécil.

María del Carmen, que ya había

empezado a sospechar algo de los manejos de su representante, tuvo entonces la certeza de ello, y le respondió:

—Me parece que no estáis jugando limpio.

—¿Y a ti qué más te da?

—Claro que me importa. Ese hombre es una buena persona y no estoy dispuesta a que lo engañéis.

—Oye, rica—le dijo el representante—, déjate de remilgos a estas alturas. Ya hemos ido demasiado lejos para que te vuelvas atrás.

—Yo no he ido a ninguna parte—respondió ella airadamente—. Me dijisteis que ibais a montar un negocio, pero creí que se trataba de un negocio lícito. Yo jamás me hubiera prestado para una estafa como la que estáis haciendo.

—¿Acaso no fuiste tú la que nos lo presentaste y la que te aviniste a todo?

—¡Mientes! — exclamó ella—. Eres un miserable y no sé cómo no doy parte a la policía.

—Puedes hacerlo. Lo que sea de nosotros será de ti.

—¡Canallas! — exclamó María del Carmen—. Yo os juro que de mí no os reireis. Acepto ir a Albora, pero no por vosotros, sino por él. Pero os advierto que no os quiero ver más. Desde hoy hemos terminado para siempre. Yo soy una mujer honrada

y no quiero que me tomen por lo que sois vosotros.

El representante la miró cínicamente, y encogiéndose de hombros le contestó:

—¿Sabes lo que te digo, rica?, que te compres un duro de tila. Eso va muy bien para los nervios. Si no quieres que vayamos a Albora, mejor que mejor. Después de todo, no es una cosa muy agradable.

Y dando un portazo salió de la habitación de la artista, que quedó echada en un sillón con las manos apoyadas en la frente, pensando en la difícil situación en que se encontraba.

Gracias a esta entrevista, Enriqueta pudo convencerse de que María del Carmen no era culpable de nada de cuanto ocurría, pero al mismo tiempo adquirió la seguridad de que don Carlos estaba siendo víctima de un chantaje por parte de aquellos aventureros sin escrúpulos, que se proponían robarle hasta el último céntimo.

Comprendió que había obrado magníficamente viniendo a Madrid, ya que con su ayuda Julio podría desenmascarar fácilmente a aquellos trapisondistas y entregarlos a la policía, salvando de esta forma a su padrino del riesgo que corría de perder toda su fortuna.

Apenas había salido el represen-

tante, cuando llamaron al timbre y se presentó Julio Romero. La sorpresa de éste al ver que le abría la puerta Enriqueta, no tuvo límites, y exclamó:

—¿Pero usted...?

—Cállese—le dijo ella—. Aquí no soy Enriqueta, soy la doncella de María del Carmen.

—¿Pero cómo ha venido usted a España?

—Embarcada—respondió ella.

—Sí, eso ya lo sé. Quiero decirle cómo ha dejado usted aquello.

—No se preocupe, que nada pasará. Lo he dejado en buenas manos. Tenga usted confianza en mí.

Y levantando la voz para que la oyera María del Carmen, le preguntó:

—¿A quién debo anunciar?

El le dio su nombre y poco después le hacía pasar donde estaba María del Carmen, quien al verlo exclamó alegremente:

—Julia, ¿tú por aquí?

—Sí, yo — respondió él fríamente.

Enriqueta observaba ocultamente para ver la actitud de Romero, y quedó completamente tranquila, en la seguridad de que entre los dos no existía ya nada que pudiera amenazar su amor.

—¿Y a qué has venido?

—Puede ser que lo sepas en se-

guida. Es decir, que te des cuenta de ello. ¿Sabes quién soy yo?

—Sí: Julio Romero—respondió la artista—. Veo que sigues tan bromista como siempre.

—Es que además de Julio Romero, soy también el ahijado de don Carlos Soler.

—¿Tú el ahijado de don Carlos Soler?

—El mismo—respondió Julio—. Ciso que no le habréis prohibido a mi padrino tener un ahijado y que éste venga a saber en qué gasta su dinero.

María del Carmen se dió cuenta en seguida de que el muchacho venía en plan de guerra, y como ella tenía la conciencia tranquila, le respondió:

—Comprendo a qué has venido, y has hecho bien. Yo, en tu lugar, hubiera hecho lo propio.

—Luego, ¿quieres decir...?

—Sí, que lo que sospechas es verdad. Pero tan solamente hay algo que no es cierto.

Julio esperó a que ella siguiera explicándose, y María del Carmen le dijo:

—Te aseguro que yo no tengo que ver nada en ello.

—¿Y quieres que lo crea?

—Puedes hacer lo que quieras, pero yo no sospeché nunca que esos individuos engañaran a don Carlos.

Aunque te parezca extraño, le aprecio, he comprendido que es un hombre todo corazón y soy la primera en lamentar que por mi culpa...

—¿Luego declaras que tú has tenido la culpa?—exclamó sin poderse contener Julio.

—Yo he tenido la culpa de que por causa mía los conociera, pero jamás me habría prestado a un asunto de esta índole. Te juro que en cuanto inaugure el teatro de Alhambra desapareceré de su vista y no me volveré a ver.

Era tan sincera la actitud de María del Carmen, que Julio empezó a dudar de si serían verdad o no las palabras de la artista. Creyéndola sincera, le dijo:

—¿Puedes darme la dirección de esos individuos?

—No tengo ningún inconveniente.

Ella misma le dijo dónde vivían, y segundos después Julio se separaba de la artista, sin que sintiera el menor deseo de volver a verla.

Cuando salió se encontró con Enriqueta en el pasillo, a quien preguntó:

—Esta mujer dice que no tiene nada que ver en el negocio. ¿Usted cree que es verdad?

—Estoy segura de ello—le respondió noblemente Enriqueta—. He

oído varias conversaciones con el representante y estoy convencida de que es inocente. María del Carmen no se ha lucrado en cinco céntimos con el dinero que esos sinvergüenzas le han sacado a su padrino.

—¿Y qué debemos hacer ahora?

—Pues buscar las pruebas para desenmascararlos y entregarlos a la Justicia. Entre los dos los encontraremos, pero para ello tenemos que tener confianza el uno en el otro y hablamos de tú.

—Bueno, sí, como usted quiera —le dijo Julio.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le preguntó Enriqueta.

—Iré a ver a esos individuos.

—Y los pondrás en guardia, ¿verdad?

—¿Qué quiere usted que haga?

Enriqueta sonrió al ver que él no la tuteaba, pero insistió ella diciéndole:

—Lo primero que debes hacer es darme tu dirección, espérame allí y yo iré a decirte lo que conviene hacer.

—Está bien, la espero en el hotel. Hasta luego.

—Hasta luego, Julio —respondió ella, apeándole por primera vez el tratamiento de «don».

A PENAS hacía una hora que había salido Julio, cuando don Carlos Soler se presentó a hacer su visita a María del Carmen. Había estado ausente durante unos días ultimando todo lo necesario para la inauguración del teatro y venía a recoger a la artista para llevarla aquel mismo día al pueblo.

—Es preciso que nos vayamos hoy mismo —le dijo a María del Carmen.

—¿Y por qué? —preguntó ella.

—Porque ya está todo preparado. Esta noche se quemarán las fallas y quiero que usted presencie este espectáculo.

Y en vista de la insistencia de don Carlos, María del Carmen aceptó el salir aquel mismo día en su compañía, para trasladarse a Al-bora.

Al salir y ver a Enriqueta, se la quedó mirando asombrado y no pudo menos que exclamar:

—¿Qué hace usted aquí?

—Soy la doncella de la señora.

—¿Usted, Enriqueta?

—El señor me confunde —respondió ella tranquilamente sin mutarse—. Yo no soy Enriqueta.

—¿Que usted no es Enriqueta? —volvió a preguntar él.

—Indudablemente, el señor debe confundirme con alguien que se me parezca.

—¿Usted no ha estado en Buenos Aires?

—Yo no he estado más que en Cuatro Vientos—respondió ella.

Ante el aplomo de aquella muchacha, don Carlos se dio casi por convencido, y exclamó, marchándose:

—Perdone usted, pero se le parece mucho.

—Ya lo he advertido, al ver cómo el señor me confundía.

Y sin darle más importancia al asunto, don Carlos salió para volver más tarde por la artista y llevársela consigo mismo.

Enriqueta esperó tranquilamente a que María del Carmen se fuera con don Carlos. Le convenía para el plan que se había trazado que la artista estuviera lejos de Madrid.

Una vez que tuvo la seguridad de que había salido para Albora, se presentó en casa de los tres cómplices y les dijo:

Vengo de parte de mi señora.

—¿Qué quiere tu señora?—respondió el representante.

—No lo sé—dijo Enriqueta—. Me ha dicho que le entregue esta carta.

—Venga — pidió nerviosamente el representante.

Abrió el sobre, y una vez que hubo leído su contenido le dijo:

—Está bien, muchacha, puedes marcharte.

—¿No desea nada más?

—Nada. Puedes retirarte.

En cuanto hubo salido, los tres cómplices se reunieron y preguntaron los dos al representante.

—¿Ocorre algo nuevo?

—Nada de particular. Ya sabía yo que al final María del Carmen volvería a la razón.

—¿Pero qué dice la carta?

—Que mañana es la inauguración del teatro y que salgamos esta misma noche para estar con ella. Dice que tiene un plan estupendo y que necesita de nosotros.

—Yo creo que esto se va poniendo feo—exclamó uno de los compositores.

—No te preocupes, hombre—le dijo el representante—. Esto se acaba ya y verás cómo no pasa nada.

—¿Y qué hacemos?

—Ir a donde nos llama ella. Ya sabes que con María del Carmen no se pueda jugar. Necesita de nosotros y no tenemos más remedio que acudir.

—Pues manos a la obra—exclamó el otro compositor.

Inmediatamente hicieron las maletas y sin preocuparse de llevarse ninguna clase de documentos, ya

que la ausencia solamente había de ser por dos o tres días, salieron inmediatamente camino de la estación, antes de que pudieran perder el tren.

Enriqueta, hábilmente escondida, esperaba que salieran los tres individuos, y tan pronto como los vió camino de la estación, llamó por teléfono a Julio para que fuera a buscarla.

No tardó éste más tiempo que el preciso para ir a donde le esperaba Enriqueta, a quien dijo:

—¿Ha conseguido usted algo?

Enriqueta, al ver que seguía tratándola de usted, hizo un gesto de disgusto, que Julio comprendió en seguida. La cogió las manos cariñosamente y le dijo sonriendo:

—Bueno, como tú quieras.

Enriqueta, al oírse llamar por primera vez de tú por el hombre a quien desde tanto tiempo amaba, sintió que su corazón rebotaba de alegría. En aquel instante era la mujer más feliz del mundo y se sentía con fuerzas para realizar toda clase de heroicidades si se las hubiera pedido él.

Julio volvió a preguntarle nuevamente:

—¿Has conseguido averiguar algo?

—No, pero dentro de un mo-

mento tendremos las pruebas que nos hagan falta.

—¿Cómo?—preguntó Julio.

—Registrando el departamento de ellos.

—¿Y si nos sorprenden?

—No tengas cuidado. Están muy lejos de aquí. Me he valido de forma que los he obligado a marchar a Albora. Allí los tendremos seguros, mientras nosotros trabajamos aquí.

Seguidamente entraron en el departamento del representante de Marla del Carmen y empezaron a registrar los cajones de la mesa. Lo primero que encontró Julio fué el talonario de cheques con varias hojas firmadas.

Era tan hábil la falsificación que había hecho el representante, que hasta el mismo Julio exclamó extrañado:

—¿Para qué habrá firmado mi padrino tantos cheques en blanco?

Enriqueta fué a su lado, miró los cheques firmados, y le dijo:

—¿Y no podría ser que esos cheques no estuvieran firmados por don Carlos?

Julio creyó comprender lo que le decía la muchacha, y estrechándola cariñosamente, le dijo:

—Enriqueta, eres una mujer ideal. Tienes las mejores ideas del mundo.

—Vamos a seguir buscando—in-sistió ella.

Siguieron en sus pesquisas, y por las cartas que recogieron no les quedó ya ninguna duda de que con aquellos documentos era más que suficiente para que la policía los detuviera y les hiciera cantar todo lo que habían hecho con el dinero robado a don Carlos.

—Esto está ya terminado—le dijo Enriqueta—. Me parece que los pájaros no se nos escapan.

Julio vió sobre una mesa una botella de licor y llenando dos vasos le ofreció uno a Enriqueta, diciéndole:

—Bebamos por nuestro éxito.

La muchacha levantó su vaso y brindó con él. ¡Cuánta dicha no expresaban en aquellos momentos los hermosos ojos de la antigua secretaria! Julio los vió también mucho más hermosos que nunca, y no pudo menos que expresar su admiración, diciéndole:

—Eres adorable, Enriqueta.

—Y tú admirable, Julio.

Y en la soledad de aquel departamento, sus corazones, aun cuando sus labios no se lo dijeran, se expresaron el amor que el uno sentía por el otro.

DOS DETECTIVES IMPROVISADOS

DON Carlos Soler quería dar a la inauguración de su teatro toda la solemnidad que merecía, por la figura artística que lo iba a inaugurar, y antes de que tuviera lugar la inauguración se dispuso por el alcalde, la noche anterior, una quema de las típicas fallas valencianas. En varias calles se habían levantado esos artísticos monumentos que el pueblo valenciano sabe crear con una imaginación fertilísima, y una de estas fallas representaba al propio don Carlos Soler.

Antes de la quema se había organizado un banquete, y don Carlos asistía a él con el típico traje regional, lo mismo que María del Carmen.

En el banquete se habían dicho los discursos de rigor, hasta que se

oyó la música callejera que anunciaba la proximidad de los que iban a quemar las fallas.

—Vamos a verlas — exclamaron todos.

Y don Carlos, llevando del brazo a María del Carmen, salió al balcón del Ayuntamiento, desde donde podía verse cómodamente toda la fiesta.

No tardaron en desembocar por las calles que daban a la plaza los músicos y la gente del pueblo, y poco después, las detonaciones de la traca que se había instalado, atronaron el espacio. Seguidamente se disparó un castillo de fuegos artificiales, y terminada esta primera parte del festejo, se procedió a quemar las fallas.

Uno de los que debían quemar la falla, retiró del muñeco que repre-

sentaba a don Carlos la cabeza y se la entregó al alcalde, quien se la dió al señor Soler, diciéndole:

—Toma, por si quieres conservar la cabeza.

Inmediatamente se dió comienzo a la quema de las fallas, y la última que se quemó fué la en que se hallaba representado don Carlos.

A la noche siguiente, el teatro que habíase edificado por cuenta de don Carlos, se hallaba atestado de público.

Momentos antes de dar comienzo la representación, se presentaron en el camerino de la artista su representante y los compositores.

María del Carmen, al verlos, quedó sorprendida y les preguntó:

—¿A qué habéis venido?

—¿Pues no nos has llamado tú?

—le preguntó a su vez el representante.

—¿Que yo os he llamado? Yo os dije que no os quería ver más.

—Entonces, ¿por qué nos has enviado esta carta?

Le enseñó la carta que le había entregado Enriqueta, y María del Carmen, después de leerla, les dijo:

—Esta carta no es mía. Alguien debía tener interés en que estuviérais aquí esta noche.

El representante empezó a temer que hubieran caído en alguna tram-

pa, y uno de los compositores le dijo:

—Yo creo que nos debemos marchar... Esto se pone feo.

—¿Teméis algo?—le dijo el otro.

—Lo temo todo. Lo mejor es que nos larguemos.

El avisador entró en aquel instante, diciendo a la artista:

—María del Carmen, a escena.

Salió ella y sus antiguos amigos salieron también para marcharse, más se dieron de cara con don Carlos, que los saludó cariñosamente, diciéndoles:

—Cuánto me alegro de que hayan venido... Esto será un éxito enorme.

—Sí, sí—le dijo el representante, que tenía prisa por marcharse—, pero nosotros nos tenemos que ir.

—¿Cómo?—preguntó extrañado don Carlos.—¿Se van ustedes a marchar ahora? ¿De ningún modo? María del Carmen se disgustaría mucho. Ustedes se están aquí.

—Don Carlos, es que tenemos un asunto muy urgente.

—Pues lo dejan para otro día.

Y quieras que no, los llevó cerca del escenario, sin darse cuenta de lo violentos que se encontraban sus tres socios.

Mientras que la función transcurría sin ningún incidente, llegaron a la puerta del teatro Julio, Enrique-

ta y tres o cuatro agentes de policía, que venían con la orden de detener a los tres desaprensivos aquellos. Julio había tenido buen cuidado de alejar toda sospecha de María del Carmen, para que ésta no fuese molestada por nadie.

Inmediatamente entró Julio al escenario para buscar a su padrino, mientras que Enriqueta se iba a la sala para pasar desapercibido y que no la vieran ni el representante ni sus amigos.

Cuando don Carlos vió a su sobrino, tan entusiasmado estaba con el éxito de María del Carmen que ni siquiera denotó la menor sorpresa de verlo allí. Lo abrazó cariñosamente, diciéndole:

—Hola, Julio... ¿Has venido, por fin?

—Pero, padrino—le dijo Julio—, ¿no se extraña usted de verme aquí?

—Es verdad—exclamó don Carlos dándose cuenta—. Pero, ¿cómo estás aquí?

—Ya le contaré.

Las ovaciones que tributaban a María del Carmen tenían tan entusiasmado a don Carlos, que apenas si ponía atención a lo que le estaba diciendo su ahijado.

El representante y sus amigos aprovecharon aquella conversación de don Carlos para marcharse. Mas al ir a salir se vieron sorprendidos

por la presencia de los policías, que los detuvieron.

—Esto es un atropello—exclamó el representante.

—Déjense de tonterías—les respondió el policía—. Vamos, que tenéis que dar cuenta de algo que os interesa.

Mientras se hacía la detención, Julio puso al corriente a don Carlos de todo lo que había averiguado, y don Carlos, al darse, por fin, cuenta del engaño de que había sido objeto, salió en busca de sus antiguos socios y se encaró con el representante, diciéndole, por todo insulto:

—¡Antipático!

Los policías se los llevaron, y en esto apareció María del Carmen, a quien don Carlos puso en antecedentes de todo lo que pasaba.

El público seguía aplaudiendo para que saliese nuevamente María del Carmen, y el alcalde fué en busca de don Carlos, a quien dijo:

—Oye, para esto no debías haber hecho el teatro.

—¿Qué pasa? — preguntó don Carlos.

—Pues que como no salga la artista, van a quemar el teatro.

—Ahora verás cómo les hago callar—exclamó don Carlos al ver que los camareros ya habían montado las mesas para el banquete que pensaba dar.

—¡Arriba el telón!—ordenó.

Se levantó éste y al aparecer don Carlos el público se amainó algo y más aún cuando don Carlos dijo:

—¡Todo el mundo arriba, a comer!...

Fue un verdadero asalto. Todos entraron al escenario, excepto Enriqueta, que quedó sola esperando a Julio.

Empezó el banquete y Julio, a los pocos segundos, se dió cuenta de la falta de Enriqueta y la buscó por allí. Al verla sola en la sala, corrió en su busca y la abrazó, diciéndole:

—Enriqueta, ¿por qué no vienes?

—Porque te esperaba.

—Pues ya me tienes aquí, y ahora para toda la vida, ¿verdad?

—Verdad, Julio; para toda la vida—exclamó ella, dejándose abrazar por él.

Al mismo tiempo don Carlos insistía en sus propósitos amorosos y le decía a María del Carmen:

—¿Por qué no se viene usted con nosotros, a Buenos Aires?

—Todavía no—respondió ella—. Yo le prometo que no le olvidaré. Quizá dentro de poco tiempo vaya a buscarle.

—¿De verdad, María del Carmen?

—Se lo prometo—le dijo ella estrechándole la mano.

Pocos días después, viajaban rumbo a América los tres. Sobre la borda del barco, Enriqueta y Julio se decían por milésima vez que se amaban, mientras que don Carlos se consolaba oyendo un disco de María del Carmen.

Cuando terminó la canción se volvió y, ¡horror!, vió junto a él una butaca y sobre la butaca nada menos que al individuo que lo desafió en Barcelona. Sintió un miedo terrible y se atropó con la manta, como si quisiera huir a la persecución de aquel hombre que se había convertido en su pesadilla.

F I N

Las grandes producciones-La mejor literatura-Los artistas célebres

SIEMPRE EN



EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

Sigamos la flota	G. Rogers
Ritmo loco	F. Astaire
Margarita Gautier	Greta Garbo y Robert Taylor
El bailarín pirata	Charles Collins
Mamá se casa	Lil Dagover
Las dos niñas de París	C. Barchon
María Estuardo	K. Hepburn
Melodía de Broadway	Robert Taylor
Las dos pillates	Jaques Teyoll
Apuesta de amor	Cené Raymond
La vuelta de Arsénio Lupin	Warren William
Forja de hombres	Mickey Rooney
Héctor Fieramosca	Gino Corvi
¿Es mi hijo?	Lil Dagover
Bajo el manto de la noche	Edmund Lowe
El mundo a sus pies	Lily Pons
Sepultada en vida	A. Nazari
Una pareja invisible	C. Bennett y Grant
La mujer sin alma	John Boles

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

2 ptas.

La última falta	Miguel Ligero
Gloria del Moncayo (Los de Aragón)	M. de Diego
La Doloresa	Rosita Olaz
Rumbo al Cairo	Miguel Ligero
El octavo mandamiento	Lina Yegros
La reina mora	María Arias
La millona	R. de Sentmenat
Binconcito madrileño	P. G. Velázquez
María de la O	Carmen Araya
Mellados de viento	Pedro Terce
¡No quiero! (No quiero)	José Saviera
La canción de Alca	I. Argentina
El barbero de Sevilla	Miguel Ligero
Carmen, la de Triana	I. Argentina
Eran tres hermanas	Luisita Gargallo

Suspiros de España	Miguel Ligero
Bohemios	Emilia Allaga
Don Floripondio	Valeriano León
Melodía de arrabal	I. Argentina
En busca de una canción	C. Gardel
Los hijos de la noche	Luchy Soto
Leyenda rota	Miguel Ligero
El crimen de medianoche	Justi de Orduña
Martingala	Ramón Pereda
Ráptame usted	Niño Marchena
	Celia Gimes

NUESTRO TEATRO 1'50 ptas.

Los intereses creados	J. Benavente
La tabernera del puerto	F. Romero y
Luisa Fernanda	Fernández Shaw
María de la O	León y Quiroga
Romance de Lola Montes	
El difunto es un vivo	L. F. Ardavín
Los claveles	Prada e Iquino
Morena Clara	Carreño y Sevilla
La del manajo de rosas	Quintero y Guillén
	Ramón de Castro y Carreño

BIBLIOTECA VICTORIA

1 peseta

Las chanzas de Barcelona (2.ª edición)

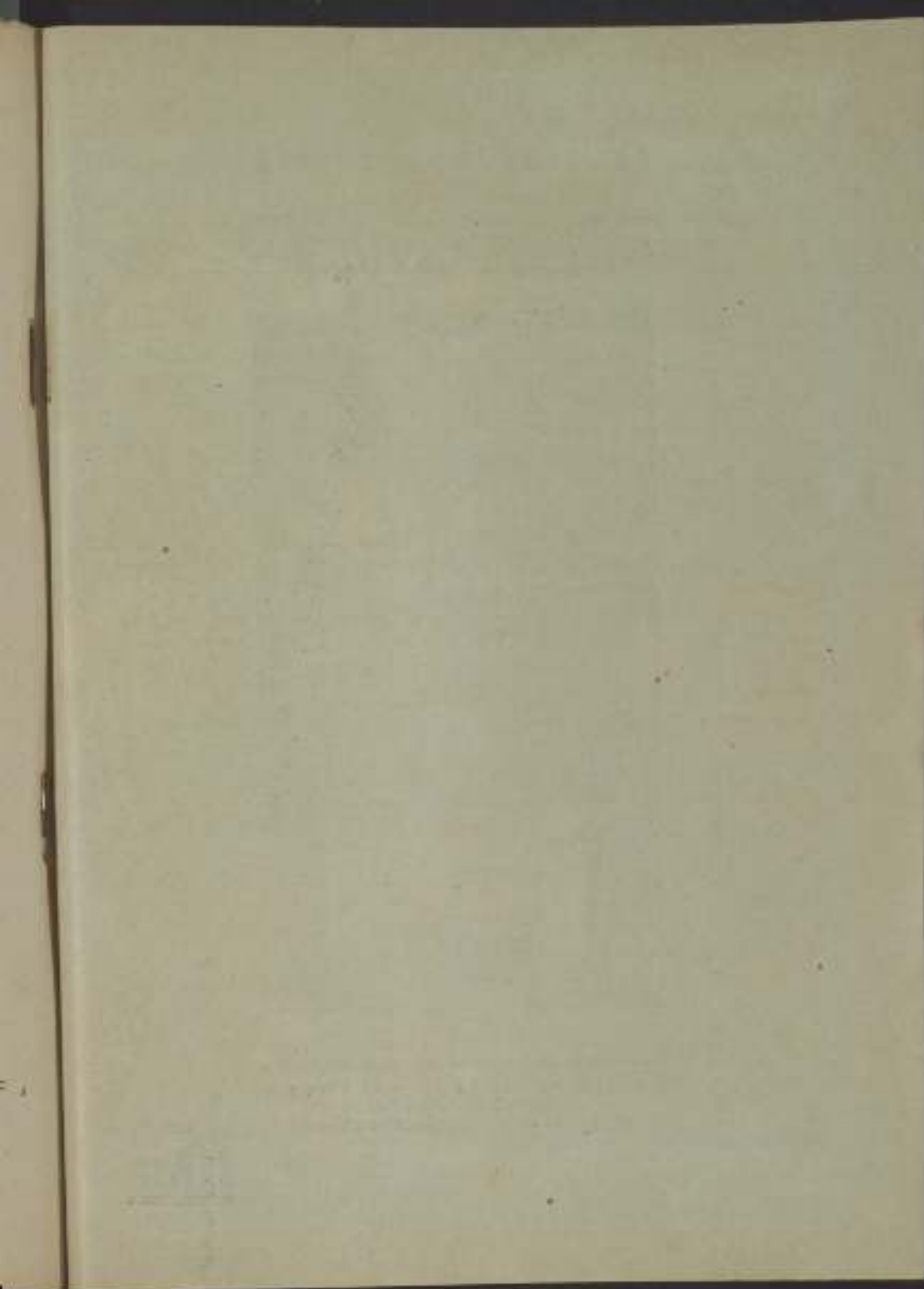
CANCIONERO POPULAR

50 Cts.

Imperio Argentina (Alca)	Alady
Agustín Irusta	Lola Cabello
Niña de los Peñes	Manuel Gosalbo
Carlos Gardel	Raquel Meller
Pitullilla	Niño de Utrova
El Savillano	Mico
Imperio Argentina (Carmen)	Gardel (Sus creaciones)
Estrellita Castro	Dorkas
Tino Rossi	Cupern de Triana
Pope Ballesteros	Enriqueta de Arce

PREMIOS A

EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA



GALERÍA DE DIFUSIÓN
DE

Editorial ALAS



MURCIA

Das típicas muestras de *librerías* ambulantes
que propagan EDITORIAL «ALAS», por
mediación de la sucursal de
SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA

2 Ptas.